

Un amor problemático



Rosemit G.

Un amor problemático

A Dios, por guiarme en cada paso que doy.

A mi familia, por creer en mí.

Y a él.

“Crees que has conocido el amor, hasta que realmente lo conoces”.

Contenido

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Las hermanas Ford

—Holly, ¿has visto mi bolso rojo? —Holly, que parecía preocupada mirando el monitor de la pantalla miró de reojo a su hermana y le contestó que no.

—¿Ya buscaste en la cochera? Quizá la última vez que organizaste una fiesta sin permiso, olvidaste recoger tus pertenencias —dijo Margaret, la hermana mediana de Holly y Joy, que a diferencia de la hermana menor, tenía días dándose cuenta de que algo le pasaba a Holly. Margaret, había intentado que Holly le contara lo que pasaba, pero ella sólo se limitaba a decirle que todo estaba bien—. ¿Por qué no vienes y te ayudo a buscarla, Joy?

—Quizá el tipo del edificio de al lado se la llevó. —Joy metió sus pies en las abultadas pantuflas de peluche y se paró al lado de Holly—. Holly, ¿estás escuchándome? No sé cuánto tiempo llevas haciendo eso. —Holly se sobó la frente y por encima de los anteojos miró a Joy.

—El tipo del edificio del al lado es un rufián, pero dudo mucho que haya entrado a esta casa sólo para tomar un bolso rojo que además fue comprado en las rebajas.

—Pudo haber entrado para hurgar en tus cosas.

—Joy, ¿por qué no vienes conmigo? Creo que lo mejor es que dejes a Holly trabajar en paz. Te dije que te ayudaré a buscar tu bolso. —Joy puso los ojos en blanco y cruzó los brazos. Salió de la habitación dando pisadas fuertes y murmurando una sarta de cosas que sus hermanas no lograron entender—. Está en la edad difícil, ¿no? —Holly suspiró, y recargándose en la silla dejó sus lentes en la mesa de cristal.

—Muy difícil, Margaret. Pero te agradezco que me ayudes con ella.

—No es sólo tu responsabilidad, Holly, quizá tengas que aprender a soltarnos un poco y a vivir más. También es mi responsabilidad cuidar de Joy.

—Pero tú eres mi responsabilidad también.

—Yo tengo veinte, y Joy quince, puedo ayudarte perfectamente con eso.

—Papá me dejó a cargo de ustedes.

—De una forma algo metafórica, Holly.

—De una forma literal, Margaret. Ustedes son mi responsabilidad y yo

tengo que sacarlas adelante. —Holly se puso de pie y miró por la ventana al edificio de al lado—. Si tan solo pudiéramos tener una vida como los de allá. —Margaret se acercó a Holly y la rodeó con sus brazos.

—Aquí estamos bien. No necesitamos vivir en el edificio de al lado para ser felices. Mientras estemos juntas las tres, lo demás no importa, Holly. Yo te amo.

—Y yo las amo a ustedes. —Holly besó la frente de Margaret, y el sonido de alguien que estaba a punto de vomitar las hizo voltear hacia la puerta. Joy, después de ver las demostraciones afectivas de sus hermanas, fingía que estaba a punto de devolver los alimentos—. Y te amamos a ti, pequeña rebelde. —Joy notó las intenciones de sus hermanas y huyó por toda la casa. Holly y Margaret la alcanzaron y rodearon su cuerpo dándole besos y haciéndole cosquillas mientras se remolineaba en el piso.

—¡Basta, basta! —Holly y Margaret no cedían—. Basta, les digo que paren. Deténganse, no ven que me estoy haciendo... ¡Mierda! —Holly y Margaret se levantaron asustadas.

—¿Te estás haciendo mierda? —preguntó Margaret.

—¡Claro que no!

—Tú lo dijiste, yo te escuché.

—Estaba haciéndome pipí. —Joy hizo un gesto de repulsión y se quitó el pantalón frente a los ojos de sus hermanas—. Pero ya terminé.

—Eres asquerosa.

—Les advertí que pararan. —Joy se había molestado de nuevo y Margaret no paraba de reír. Holly, como siempre, intentó hacer de mediadora con sus dulces palabras, pero cuando Joy lanzó el pantalón mojado a la cabeza de Margaret, la hermana mayor tuvo que interceder físicamente.

—Un momento, jovencitas —dijo parándose en medio de las dos—. Esto no es un cuadrilátero de boxeo. Quiero que las dos se vayan a sus habitaciones ahora.

—Pero...

—Pero nada, Margaret. Las dos tienen que darse un buen baño y quizá con eso se les regule la tensión.

—Pero es domingo. El día es para pasarlo en pijama.

—Pues me temo que ustedes ya no podrán pasarlo en pijama, Joy. Tú estás empapada en pipí y Margaret, prácticamente se frotó la cabeza en el excusado.

—¿Al menos podremos salir?

—No lo sé, pequeño remolino, tengo trabajo por hacer.

—Antes no trabajabas los domingos. —Holly miró a sus hermanas y bajó la mirada haciendo una mueca de desilusión.

—Pero los tiempos están cambiando, por eso necesito que se apliquen en la escuela y aprendan lo más que puedan. Esto se está poniendo difícil.

—¿Al menos a dar la vuelta al parque?

—Voy a pensarlo. Báñense y hagan sus quehaceres.

Joy y Margaret se sonrieron y corrieron a sus habitaciones. Holly sabía que el nuevo batallón sería por ver quién ganaba el baño.

La madre de las tres Ford, Ali, había muerto al dar a luz a Joy. Y su esposo, Lucas Ford, había muerto hacía dos años por causas naturales. Holly, era el vivo retrato de su madre. Los caireles pelirrojos le llegaban al hombro, y su gesto al estar molesta era tan angelical como atemorizante. Al menos, eso le decía su padre siempre que discutían. Margaret, era la mezcla perfecta entre Ali y Lucas. Tenía en el cabello unas ondas caoba que le llegaban hasta la cintura, y en el rostro, un ojo azul como el de su madre, y otro gris como el de su padre. Joy, era el perfecto retrato de su padre. El cabello lacio le llegaba a media espalda y sus ojos eran grandes y grises como los de Lucas. Holly era temeraria y preocupada. Margaret, solidaria y traviesa. Y Joy, de cuidado y muy activa. Antes de que su padre falleciera, vivían en una casa lo suficientemente amplia para los cuatro, pero inmediatamente después del deceso, decidieron mudarse a un espacio más reducido, pues los ingresos de Holly no daban para las mismas comodidades. En realidad, el cambio lo decidió solamente Holly, quien con sus veintiséis años ya había terminado su carrera pero aún no era lo suficientemente reconocida como para poder pagar sin problemas la hipoteca de aquella casona. Durante dos años, habían estado cómodas y felices en ese pequeño apartamento, pero ahora, la empresa para la que Holly trabajaba, estaba pasando por una difícil crisis y quizá pronto tendrían que cerrar. Holly se esforzaba para dar el máximo creando diseños, pero la empresa ya no podía solventar los gastos de fabricación. Aun así, Holly no se daba por vencida. Ella tenía que sacar adelante a sus hermanas hasta que terminaran su carrera universitaria tal y como su padre lo había hecho con ella. Incluso aunque eso le costara horas de desvelo y el sacrificio de una vida de diversión que la verdad, no echaba de menos.

Al caer la tarde, las hermanas Ford se paseaban por el parque de la ciudad tomando un helado de su sabor favorito cada una. Holly no dejaba de pensar en que le gustaría poder darle a sus hermanas una mejor calidad de vida como la que ella tuvo a sus edades, pero eso, cada vez parecía más difícil. Joy, impaciente y alocada, codeó a Holly que caminaba en medio de ella y de Margaret, lo que provocó que Holly se estampara la nieve de limón en la nariz y en la boca.

—¿Pero qué te pasa, pedazo de remolino? —Holly se sacudió la manga.

—¿Ya viste quién está ahí, Holly? —Holly volteó a donde Joy le había indicado, y después de pasarse la mano por toda la cara para quitar los restos de helado, fingió que no le importaba.

—Ah claro, el vecino nefasto. A mí no me importa. —Margaret puso una sonrisita picarona y las tres siguieron caminando.

—¿Por qué no vamos y platicamos con él? Parece que está solo.

—¿Estás loca, Margaret? Ese hombre me detesta.

—Yo creo que te adora.

—Pues yo lo detesto a él, Joy.

—¡Míralo! Ahí está, está volteando justo ahora. ¡Ya nos vio! ¡Sí, carajo, por supuesto que ya nos vio!

—¿Puedes dejar de decir palabrotas?

—Margaret las dice. —Holly volteó a ver a Margaret, y Margaret, se encogió de hombros—. Ahí viene. Oh Santo cielo, ahí viene —susurró—. Holly intentó darse la media vuelta para regresar por el mismo camino pero las palabras del chico rubio la detuvieron.

—¿Por qué te vas tan rápido, Holly? —Holly puso los ojos en blanco y volteó a ver al chico.

—Porque creí que aquí sólo se respiraba aire puro. —El chico puso boca de “o” y después se carcajeó.

—Vaya que eres agresiva. Oye, ya, quiero hacer las paces contigo.

—Imposible.

—¿Te han dicho que tienes una cara angelical cuando te enojas? —Holly se sorprendió porque eso era justo lo que le decía su padre—. Atemorizas, pero no pierdes tu encanto, ¿sabes?

—¿Quieres callarte?! —Las palabras del chico conmovieron los recuerdos de Holly. La chica le dio la espalda y salió huyendo.

—¿Qué he dicho? Holly, ¿ya puedes perdonarme? Yo sólo... Chicas, ¿qué

he dicho? —pregunto volteando a ver a Margaret y a Joy.

—Lo que sucede es que...

—Cállate, Joy —dijo Margaret.

—Pero yo sólo...

—Lo mejor es que nos vayamos o Holly nos dejará en el parque.

—Margaret, ¿por qué no dejas que Joy me explique?

—No nos corresponde hablar de Holly. Y además, ¿cómo sabes nuestros nombres? —Joy y el chico se miraron. Margaret puso una cara sorpresiva.

—¡No es cierto! —Joy abrió los ojos al verse descubierta—. Ustedes... ¿ustedes han hablado antes?

—Sólo para... —dijo el chico.

—Sí pero... —intervino Joy.

—¡Pero nada! Si me entero que vuelves a acercarte a mi hermana menor te las verás conmigo. Y tú, Joy, lo verás con Holly ahora mismo. —Margaret siguió en la dirección por la que Holly se había ido y se llevó a Joy de la mano.

Pasaba de la media noche y la luz de la habitación de Holly aún se veía encendida. Se había cansado de pasarse las uñas por la cabeza y de seguir dibujando bosquejos de algo que no se llevaría a cabo. La compañía estaba en quiebra y ella tenía que aceptarlo. No importaba cuántos diseños minimalistas o ecológicos hiciera. La empresa ya no podía solventar ni un vestido más. El trato con los inversionistas a los que la empresa les había apostado todo no se había cerrado, y habían gastado toda su fortuna en unos diseños que ninguna otra cultura querría aceptar. ¡Vaya soquetes! Pensaba Holly. ¿Cómo no se les ocurrió primero firmar el contrato antes de mandar a fabricar toda la línea? La empresa la tenía atada de manos y pies. Ella quería buscar otro empleo, pero si renunciaba, no tendría derecho a la misma cantidad de dinero que le correspondía si la liquidaban. Que si bien, no era mucho, era suficiente para comprar la despensa y pagar las colegiaturas en lo que encontraba algo nuevo. No podía seguir así. Tenía que hacer algo cuanto antes.

Capítulo 2

Frody

El chico rubio se miró en el espejo y dejó reposar la toalla sobre su cuello. Le gustaba utilizar una para envolverla en la cintura y otra para secarse el cabello. Justo en ese momento en el que estaba tan fresco después de darse un baño, se preguntaba por qué tenía que acordarse de Holly. ¿Qué tenía de especial esa pecosa amargada? Su solitaria vida lejos de su novia Abigail estaba pasándole factura muy rápido. Tanto, que ahora se embelesaba en tratar de contentar a una chica amargada que no tenía el menor ápice de alegría en su vida. Frody tenía poco tiempo de haberse mudado al lujoso edificio de suites y villas de la ciudad. La empresa de su padre había abierto una nueva sucursal en Wellington y le había tocado al unigénito ser el que dirigiera el nuevo imperio que se estaba por construir. Abigail, con sus clases de modelaje, no había podido seguirle el paso a Frody instantáneamente, pero en cuanto terminara con su proyecto, lo alcanzaría allá.

—Te echo de menos, Aby —dijo mientras se dejaba caer sobre la acolchonada cama que seguramente debía ser más grande que las de las hermanas Ford juntas. Como si la telepatía se le diera muy bien, el celular de alta gama sonó y en la pantalla aparecieron unos hermosos ojos verdes y unos hoyuelos dignos de enloquecer a cualquiera. Frody contestó.

—¡Corazón! ¿Cómo está mi príncipe rubio? —dijo con una voz pizpireta que apenas se dejaba escuchar en medio la algarabía.

—Extrañándote corazón. No sabes cuánto te echo de menos. ¿En dónde estás? —Las luces neón detrás de Abigail no se podían ocultar.

—Ah... vine a celebrar el cumpleaños de Pamela. Es hoy, ¿te acuerdas?

—Dijiste que no saldrías sin mí —dijo a sabiendas de que eso era imposible para Aby.

—Sólo es un día, tontito. Pam es mi mejor amiga. Sabes que no puedo dejarla sola. —Frody hizo una mueca de resignación—. Pero tú no tienes pretexto, eh. Tus amigos están acá.

—¿Cuándo te tendré aquí? No sabes cómo extraño esa boquita de fresa. —Abigail bajó la mirada.

—De hecho de eso te quería hablar, amor. El proyecto se alargó un poco

más.

—Pero Aby, dijiste que sólo serían tres meses y ya llevo seis aquí.

—No puedo dejar este trabajo, Frody, por fin estoy haciendo lo que soñé y a los productores les está encantando. Además nos vemos cada mes.

—Eso no es suficiente, princesa. Creo que tendré que viajar cada quince días aunque a mi padre no le parezca. —Abigail sonrió.

—¿Tanto me extrañas?

—Demasiado. —Se escuchaban femeninas y enérgicas voces llamar a Aby en la distancia.

—Tengo que irme, amor. Te amo.

—Aby, ¿cuánto tiempo más?

—No lo sé, Frody, tal vez seis meses o un poco más. Tengo que irme, corazón. Te llamo más tarde.

—Estás hermosa, corazón. Te amo.

—Y yo a ti bebé. Bye, bye.

La pantalla de los ojos hermosos se cambió por una de un paisaje desértico, y Frody cerró los ojos. Llevaba dos años de relación con Aby y de esos dos años, seis meses en la distancia. Estaba loco por vivir con ella. Le propuso iniciar una familia cuando su padre decidió enviarlo a Wellington y Abigail aceptó entusiasmada, pero le dijo que le diera tiempo de terminar con el proyecto que apenas acaban de ofrecerle, pues era algo que siempre había soñado. Ser la modelo protagonista de un proyecto internacional no lo lograba cualquiera. Pero Frody comenzaba a sentirse solo, la compañía apenas estaba haciéndose de personal y en los seis meses que llevaba ahí, todavía no lograba hacer amigos. La única chica con la que hablaba de algo que no fuera trabajo, era Joy, y sólo lo hacía para preguntarle cosas sobre Holly. Era esa su máxima diversión.

La mañana le transcurrió de una manera normal pero la chica Joy no dejaba de dar vueltas en su cabeza, seguramente estaría en problemas porque Margaret había descubierto que platicaba con él a escondidas. Necesitaba aclarar esa situación cuanto antes. Holly se veía de armas tomar y ya se imaginaba a Joy atada a la cama con cadenas de acero. Cuando llegara a casa, lo primero que haría sería ir al edificio de las Ford.

Inhaló y exhaló un par de veces, llamó a la puerta del apartamento con el

estómago hecho nudo. Se cansó de que sus nudillos hicieran *toc toc* en el número veintisiete, y cuando giró para marcharse sintió que embistió contra algo y se encontró con el rostro de un hombre que lo veía indignado porque acababa de tirar todos sus sobres al piso.

—Lo siento, señor. Le ayudo a recogerlos.

—Estoy jóvenes de hoy, que no se fijan ni por donde van. Ahora ya perdí el sobre del número veintisiete. —Frody lo miró interesado.

—¿Tiene usted un sobre para el número veintisiete?

—Así es. ¿Usted vive aquí?

—Eh... sí. ¿Puede dármelo de una vez? Lo que pasa es que llevo prisa. — El hombre empezó a buscar entre el tumulto de papeles y miró a Frody que le ayudaba a recoger los sobres, de una manera dudosa.

—Aquí lo tengo. El sobre tiene el nombre de una mujer y hasta donde alcanzo a ver, usted no parece ser una. —Frody se tensó.

—Así es, el sobre debe estar a nombre de Holly, ella es mi prima. Es decir, las tres hermanas son mis primas y yo estoy viviendo aquí con ellas. ¿Puede dármelo? —El hombre miró a Frody de abajo para arriba. El reloj de marca en su muñeca y el atuendo de hombre de negocios no le hacían parecer que fuera una persona con problemas económicos, pero aun así, decidió dejar el sobre en las manos del chico rubio.

—Pues creo que no será por mucho tiempo más. —El hombre se dio la vuelta y continuó escaleras arriba.

—¿A qué se refiere?

—Hasta luego.

Frody aprovechó que el elevador que tardaba horas en pasarse por un piso en ese espantoso edificio, se detuvo frente a él en ese momento y lo abordó. De no haber sido porque esa era la tercera vez que tomaba la chatarra para bajar, habría pensado que estaba atascado, pero ya sabía que fácilmente llevaba unos cinco minutos llegar al primer piso. Atravesó la calle que separaba su lujoso edificio del destartado inmueble de las Ford y la risa le volvió al rostro. Aroma a cereza desde que se abrían las lujosas puertas de cristal, un *concierge* bien peinado sonriéndote todo el tiempo, una sala *lounge* tan blanca que jamás nadie se atrevía a tocar y personas elegantes andando de un lado para otro. ¡Cuánta diferencia había!

Se sentó en el sillón de la sala y cuidadosamente abrió el sobre que

rezaba: *Holly Ford*.

Para: Señorita Ford

De: Inmobiliarias Vento

Estimada señorita Ford, hacemos de su conocimiento que este es el quinto mes que usted no paga la renta del apartamento número veintisiete del Edificio Queen, por lo que nos vemos en la penosa necesidad de pedirle que desaloje el día de hoy, lunes 23 de marzo, pues el día de mañana, los nuevos inquilinos llegarán para alojarse en la vivienda que usted dejó de pagar.

Le comentamos que esto no le exime de pagar el adeudo que tiene pendiente con nosotros. El cual comenzará a generar intereses a partir del día de mañana 24 de marzo con una tasa de intereses del 2.4% mensual.

Le reiteramos que toda esta información se encuentra en las cláusulas del contrato que firmó al inicio de su estancia con nosotros, y esperamos haya sido de su agrado el prestigioso Edificio Queen.

Sin más por el momento, Inmobiliarias Vento queda a su disposición.

—*¿Prestigioso edificio Queen?* —Frody se moría del coraje ante el abuso de aquella compañía. ¿Cómo podía decirles que sólo tenían unas horas para desalojar? Como si el problema fuera suyo, se sobó la frente y caminó como león enjaulado en la sala decenas de veces. Él había tomado el sobre y al hacerlo había adquirido el compromiso de devolverlo. No podría quedarse con ese cargo de conciencia de no enterar a Holly de lo que estaba pasando, y que el día de mañana cuando su apartamento se encontrara solo, alguien más se dedicara a sacar sus cosas a la calle. No podía hacerles eso. Tomó valor de donde pudo y se dirigió nuevamente al edificio de las Ford. Dejaría el sobre debajo de la puerta y después se iría corriendo escalones abajo con su apretado e incómodo traje de empresario ejecutivo. No había tiempo de ponerse ropa de deporte. El tiempo corría para las Ford.

—*Debí quitarme esta porquería* —murmuró cuando se encontraba frente al número veintisiete—. Si lo dejo afuera, puede que alguien más lo tomé y ellas no lo vean. Tengo que aventarlo para adentro, ¿pero si están ahí sentadas, justo mirando hacia acá, y en cuanto vean el sobre abren la puerta y me descubren? ¡Vamos Frody, tienes que hacerlo! No puedes dejarlas así.

—¿Necesita algo? —preguntó una joven mujer a sus espaldas. Frody pegó un salto—. ¿Eres tú? ¿Qué haces aquí? —La chica cargaba despensa en una bolsa de papel—. ¿No te bastó con chocar la defensa de mi auto?

—Lo siento. No fue intencional.

—Claro que fue intencional. Te enojaste porque no te dejé meterte en el carril.

—De acuerdo, fue intencional, pero no sabía que se trataba de ti. Si hubiera sabido que esa chica sería mi vecina no lo hubiera hecho. Era mi primer día aquí y aún no me familiarizaba con nada. Apenas venía del aeropuerto. Estresado y agobiado. Créeme que me di de topes cuando descubrí que el auto chocado me seguía y se metió aquí. Supe que tendría que verte la cara todas las mañanas. Pero me ofrecí a pagar.

—No necesito tu estúpido dinero.

—Sí lo necesitas —Holly lo miró como si tuviera fuego en los ojos. Frody sentía su melena rubia y rizada arder.

—Perdón, no quise decir eso, pero hay algo que tienes que saber.

—Son las ocho de la noche, no hay nada que tengas que decirme que sea tan importante.

—Sí lo hay. —Holly se mordió el interior del labio—. Vas a matarme, mujer. —Frody infló las mejillas y después miró al techo—. Por la tarde vine a buscarte. Toqué varias veces pero no te encontré, cuando estaba a punto de irme, un hombre creyó que yo vivía aquí y me dio este sobre.

—¿Lo leíste? —Holly dejó caer la despensa al suelo y arrebató el rectángulo blanco de las manos de Frody—. ¿Con qué derecho lo abres? —le gritó en su cara. Frody pudo ver los poros del rostro de Holly y las raíces de sus cabellos rubios tornarse rojizas a medida que crecían. Estaba demasiado cerca.

—Yo... —El rostro hermoso de la chica lo dejó sin habla.

—Vete de aquí —dijo mientras se agachaba para recoger la despensa y se limpiaba unas lágrimas que corrían por sus mejillas.

—Holly, yo...

—¡Que te vayas! —dijo poniéndose nuevamente de pie.

—Sólo quiero...

—¡Largo!

—¡Con un carajo! —Frody explotó—. ¡Vas a escucharme ahora, niña rebelde! —La tomó por la cintura y la recargó en la pared. Un peligroso duelo

de ojos azules se llevaba a cabo. Casi en un deletreo, Frody le dio la noticia—. Tienen—que—desalojar—ahora—mismo. —Los ojos de Holly se enrojecieron aún más. Uno podía sentir el aliento del otro y había emociones encontradas en ambos—. Tienen que desalojar ahora mismo porque mañana alguien más se mudará a vivir aquí.

—Estás mintiendo —dijo Holly.

—Debes cinco meses de renta y no te quieren esperar ni un día más. Si no sacas tus cosas el día de hoy, ellos lo harán por ti el día de mañana. Y créeme, no van a tener ningún cuidado.

—No pueden sacarme tan rápido.

—¿Leíste las cláusulas del contrato? —Los labios de Holly temblaron y rompió a llorar sin que le importara nada. Frody la rodeó en un abrazo de hombros.

—Te detesto —dijo Holly en un susurro mientras permanecía recargada en el pecho de Frody—. Leíste mis cosas sin permiso. Estúpido fisgón. Frody soltó una risilla y cuando Holly acabo de desahogarse, reaccionó. La verdad era que estaba muy cómoda en los brazos esponjosos y el pecho oloroso de aquel fortachón, pero el orgullo siempre pesaba más en ella. Holly separó bruscamente a Frody de su cuerpo y con el dorso de las manos se limpió las mejillas.

—Lo siento.

—Ahora puedes irte. Te daría las gracias pero lo único que has hecho es devolver lo que tomaste sin permiso. —Su temperamento de pronto cambió. Lo que dijo, no fue viendo los ojos de Frody, sino el sucio y rayado piso del pasillo de su apartamento.

—¿A dónde irán?

—No te importa.

—¿Sabes lo que eres? —dijo Frody mientras Holly lo miraba amenazante—. Eres una patética amargada. —Los ojos de Holly se abrieron como platos.

—No me importa tu opinión, niño rico maleducado.

—¿Maleducado yo? Si a ti ni siquiera te enseñaron a dar las gracias cuando alguien te hace un favor.

—Hasta ahorita no me has hecho ningún favor. Y créeme que jamás lo harás.

—Créeme que no quiero hacerte ningún favor.

—¡Entonces vete ya! —Frody suspiró y derrotado metió las manos en los

bolsillos. Él trataba de dialogar pero esa chica en verdad lograba sacarlo de sus casillas. Estaba a punto de marcharse cuando la puerta del veintisiete se abrió. Los ojos de dos pequeñas señoritas estaban inundados de preocupación. Holly bajó la mirada, se había olvidado de que no se trataba sólo de ella y que también sus dos hermanas estaban involucradas en el desafortunado acto de desalojo. Se sintió de lo peor.

—Hemos escuchado todo —dijo Margaret.

—Pues han hecho muy mal —rezongó Holly—. Saben que no deben de escuchar conversaciones ajenas.

—No seas tan dura —replicó Frody.

—Tú no te metas en esto.

—¿Quiéren parar de pelear?! —Joy rompió en llanto—. ¿Ahora dónde vamos a vivir, Holly?

—Ya buscaremos algo.

—¡No tenemos dinero! ¡Acaban de decir que van a desalojarnos porque no hemos pagado cinco meses de renta! ¡No se trata sólo de buscar!

—Al menos podemos pasar esta noche en un hotel. Ya mañana pensaremos con más claridad. Voy a pedir apoyo en el trabajo.

—Si no tenemos dinero, es porque en tu trabajo lo estás pasando mal —replicó Margaret—. ¿Cómo podrían sacarnos de este aprieto?

—No lo sé, Margaret. Tal vez nos puedan facilitar algún lugar para vivir. No necesariamente tienen que darme el efectivo.

—¿Lo ves? Tengo que trabajar, ya tengo suficiente edad. —El orgullo de Holly se crispó con las palabras de Margaret. Ella sabía que la tenía demasiado difícil pero no lo quería aceptar. Desde que su papá había muerto fue adquiriendo deudas hasta llegar al punto de ya no poder pagar el total de los intereses y atrasarse con el pago de muchas cosas básicas. Entre ellas, la renta. Pero su padre le había encargado a sus hermanas y ella no podía defraudarlo dándoles una vida complicada y difícil, ella tenía que lograrlo.

—No quiero pasar la noche en un hotel —dijo Joy.

—Perfecto, pues entonces lo pasaremos en el puente peatonal, o debajo de algún estacionamiento, o dentro de alguna alcantarilla. Tienes suficientes lugares para escoger.

—Vengan a mi casa —intervino Frody. Las tres chicas voltearon a verlo con un gesto sorpresivo.

—Tú ya no deberías estar aquí. Esto es un problema familiar.

—Quiero ir a casa de él —dijo Joy.

—Creo que es lo mejor —replicó Margaret no muy convencida.

—No vamos a ir a su casa, niñas.

—Holly, tómallo como el reembolso de la defensa que nunca te pagué. Vengan sólo esta noche. Llamo a la mudanza, se hospedan esta noche en mi casa y mi deuda queda saldada.

—No creo que una noche cubra la deuda.

—¡Joy! —Frody rio.

—Joy tiene razón, por mí pueden quedarse el tiempo que sea necesario. Pero si tú te sientes incómoda podemos llegar al arreglo de... no lo sé, ¿quince días?

—Quince días de hospedaje son demasiados para cubrir el pago de una defensa vieja. Seguramente con la mudanza quedaría cubierta.

—Entonces vengan una semana.

—Sigue siendo demasiado.

—Tómalo como recompensa por tantos malos ratos.

—Una semana está bien —dijo Margaret.

—Perfecto. Quiero que tengan tiempo para buscar algo permanente y no sólo tener que mudarse a un hotel de paso. —Holly aceptó sonrojada y las chicas se sonrieron en complicidad.

Capítulo 3

Joy

La casa era enorme. Qué digo casa. Era un *penthouse* más bien dicho. Ni siquiera cuando vivimos con papá tuvimos una casa tan lujosa. Es cierto que era grande, pero de ahí a que fuera lujosa, había mucha distancia. Frody nos instaló en una habitación con una cama tan grande que cabíamos perfectamente las tres. Parecía que me recostaba en las nubes. La mudanza terminó cerca de las dos de la mañana, y a Frody le salió excesivamente caro el chistecito a esa hora de la madrugada. Pero yo no me sentía mal por él, yo sabía que Frody podía pagar eso y más sin tener que lamentarse ni un poquito. Margaret empezaba a sentirse cómoda aunque me dijera lo contrario. Ella le era muy fiel a Holly, pero yo sabía que mis ideas no le eran tan indiferentes. Holly, por su lado, estaba completamente irritable, igual que siempre, se sentía minúscula no por el tamaño de la casa, sino porque el hecho de depender de otro ser, siempre la ponía así, y más si ese ser tenía rizos rubios. Ella prefería ser tan independiente que no necesitara nunca ningún favor de nadie, pero las cosas no podían ser así siempre. Saber pedir ayuda o aceptar un favor de alguien, es el inicio de la humildad. Y no es que Holly fuese arrogante. A ella le gustaba ayudar pero no le gustaba necesitar ayuda. Ella quería ser el ejemplo perfecto para nosotras. No sabiendo que a veces el modo en el que lo intentaba, no era el correcto. Pero aun así, era una hermana increíble, casi casi, perfecta.

La mañana fue maratónica, todos nos levantamos tarde a causa del desvelo y salimos chispados por el elevador. Ese elevador sí que funcionaba. En menos de diez segundos habíamos bajado casi treinta pisos. Frody desprendía un olor tan fino y exquisito que Holly no podía ignorarlo aunque se pegara hasta la pared del otro extremo del elevador. Yo podía darme cuenta cómo por el rabillo del ojo lo veía para observar esas ropas tan elegantes que el chico se ponía cuando iba a trabajar. Siempre lo hacía cuando estábamos en el otro edificio, ella esperaba a que Frody apareciera en la explanada del inmueble y en cuanto comprobaba el color de sus pantalones nos marchábamos. Frody por su lado, siempre volteaba para buscar nuestro auto y ver por lo menos los cabellos rojos de Holly, cuando no alcanzaba a ver sus caderas. Mi hermana no se quedaba atrás en cuanto a hermosura y sensualidad, ella era una chica

modesta pero muy, muy hermosa. Aunque la ropa no se viera de la misma calidad que la de Frody, Holly siempre se veía muy elegante. Usaba unas faldas acinturadas para ir a trabajar y unos sacos dignos de cualquier empresaria digna que no dejaban nada que desear.

Todos íbamos tarde pero Holly más. Ella aún tenía que pasar a dejarnos a Margaret y a mí a la escuela. Escuelas distintas para variar. Margaret estudiaba la universidad y yo la preparatoria. Esperábamos en la sala *lounge* sin sentarnos en los blanquecinos sillones a que Holly sacara su carcacha del estacionamiento pero apareció primero Frody en un estupendo deportivo amarillo. Margaret y yo nos quedamos boquiabiertas y corrimos en su dirección porque atrás de él apareció Holly tocándole el claxon como loca. Holly vio a Frody por el espejo retrovisor de él y le gritó que se moviera.

—Lo siento Frody, lo que pasa es que vamos muy tarde. Perdona a Holly —se disculpó Margaret.

—¿Van para el mismo rumbo las tres?

—No, de hecho Holly y Margaret van más o menos hacia la misma dirección, pero yo voy hacia Rotorua.

—Estupendo. Trabajo cerca de Rotorua. Deja que Margaret se vaya con Holly y tú vente conmigo. —Mi cara se iluminó y Margaret pareció enfadada. Seguramente deseaba poder ser ella quien llegara a la escuela en ese auto.

—No estoy segura de que Holly acepte.

—Díselo —dijo Frody mientras Holly seguía tocando el claxon de una manera desesperada. Margaret subió al auto de Holly.

—¡¿Qué esperas, Joy?!

—Voy con Frody —le grité a Holly.

—¡¿Qué?!

—Frody trabaja cerca de la preparatoria —dije acercándome hasta su ventana.

—Eso no me importa.

—Creo que es la única forma de que las tres lleguemos a tiempo, Holly —intervino Margaret.

—Mi auto también corre, Margaret. —Margaret hizo muecas y Holly se bajó del auto para acercarse a la ventanilla de Frody.

—Si le pasa algo te las verás conmigo. —Frody mostró las palmas de las manos en señal de paz.

—Yo sé conducir muy bien. Tú quédate tranquila. —Holly me besó en la

frente y me susurró al oído que no dijera una palabra más a Frody sobre su vida. Yo le dije que estaba bien.

—¿Y entonces, desde que murió su padre, Holly siempre ha sido igual de controladora?

—Siempre.

—¿Y cómo era antes?

—No hay mucha diferencia, pero al menos antes sonreía un poco más. Ahora parece que las preocupaciones la consumen. Hasta la noto más delgada.

—También yo la noto más delgada. —Miré a Frody con el cejo fruncido mientras se aferraba al volante del convertible a amarillo.

—¿Tú?

—Yo... bueno... —tartamudeó cuando se dio cuenta de que había hablado sin pensar—. Yo la recuerdo hace seis meses, cuando recién me mudé aquí, y creo que era algo menos delgada.

—Pero aun así te gusta ver sus caderas. —Frody me miró mientras se detenía en un semáforo.

—Estás delirando.

—Pero no de amor como tú.

—Yo no estoy enamorado de Holly, Joy. Yo tengo novia y pronto vendrá. —Miré a Frody como si acabara de confesarme un peligroso secreto.

—Cállate. No vuelvas a decir eso nunca más.

—Pero... yo... tengo novia, Joy. No es algo que tenga que ocultar. Ella es hermosa y... pronto vendrá y... la... amo. —El comentario de Frody me caló en lo profundo. Quise bajarme de su auto olvidando todo lo que había imaginado para él y para Holly pero no me dejé llevar, los adolescentes tenemos más esperanza que los adultos. Y esa es una de las razones por las que no quiero terminar de crecer. Yo aún tengo esperanza.

—¿En cuánto tiempo vendrá?

—No lo sé, tal vez seis meses o un poco más. —Mi rostro se relajó.

—Es suficiente.

—¿Para qué?

—Para encontrar algo e irnos. —Frody permaneció callado—. Pero si en verdad quieres ayudarnos, no puedes decirle nada sobre tu novia a Holly, porque ella es tan orgullosa que pensará que te meterá en un problema y entonces nos sacará a dormir a la calle. Al menos, no le menciones nada sobre

esto hasta que encontremos algo. ¿De acuerdo?
—De acuerdo —dijo no muy convencido.

Capítulo 4

Margaret

Aprovechó que la profesora salió del aula para sumergirse en sus pensamientos. Sabía que tenía que encontrar un trabajo para ayudar a su hermana aunque Holly no quisiera. Holly tenía una obsesión con que sus hermanas no tuvieran problemas económicos que no se daba cuenta de que ya los estaban teniendo desde hacía mucho. Sólo le hacía falta salir de su burbuja de protectora para darse cuenta de que sus hermanas ya no eran unas niñas para seguir ocultándoles la realidad, y que ambas podían contribuir para que los gastos fueran menos pesados para ella. Las tres hermanas eran de inteligencia nata, pero Margaret venía sufriendo los vestigios de las preocupaciones desde hacía algunas semanas, hasta sus notas se habían visto afectadas por el mismo motivo. Margaret estaba teniendo problemas para concentrarse. Pensaba en las muchas manualidades que podría hacer para vender en la escuela cuando alguien le picoteó las costillas. La chica pegó un brinco.

—Caray, Betty, me asustaste.

—¿Qué es lo que pasa contigo? Ya no hablas con nadie. —La chica bajó la mirada.

—Sólo son problemas de chicas.

—Pero yo soy tu amiga. Y Andrea y María también lo son. Lo que tú tienes no es un problema de chicas, a menos de que seas un ser extraterrestre y ese problema te dure meses. ¿Por qué no me cuentas? Tal vez pueda ayudarte. —Margaret se sobó la cabeza e invitó a Betty a salir del aula. La tomó por un brazo y la llevó hasta un lugar recóndito en el que pudieran hablar sin problemas—. Vamos March, ¿por qué tanto misterio? —Las chicas se detuvieron cerca de un árbol y se miraron fijamente.

—Necesito trabajar —dijo Margaret. Betty la miró extrañada.

—¿Qué dijiste?

—Necesito trabajar.

—¿En serio me trajiste hasta acá para decirme eso?

—¿Qué quieres que haga Betty? Si Holly se entera, me mata.

—Holly no toma la forma de pizarrón o banca escolar para espiarte.

Pensé que era algo delicado.

—Pero no quiero decepcionarla.

—No la estás decepcionando, sólo quieres ayudarla.

—Creo que voy a dejar la escuela.

—¿Qué? No es para tanto, Margaret. Eso sí sería delicado. Puedes buscar algo de medio tiempo. Holly ni se dará cuenta porque estará trabajando. Sólo tendrías que asegurarte de estar en casa antes que ella.

—Eso sólo me deja libres un par de horas. ¿Quién me va a contratar dos horas? —Betty sonrió.

—Yo sé quién.

Daniel era dueño de un café que se encontraba cerca de la universidad. Ese chico de bigote y barba bien recortados había estado enamorado de Margaret desde que ella tenía diecisiete años, y Betty apostaba todo, a que él haría hasta lo imposible por tener a Margaret cerca por lo menos un par de horas al día. Desde antes de que entraran a la universidad, las chicas acostumbran a ir al café estilo *vintage* para hablar de sus secretos más preciados sin que nadie pudiera escucharlas. Varias veces Daniel invitó a salir a Margaret pero ella nunca aceptó. Y no era que el chico moreno le fuera indiferente, sino que sentía que no era el momento para iniciar una relación, la cual, muy seguramente se iniciaría si ella daba a pie a sus invitaciones para nada discretas. El chico siempre la esperaba con una rosa o algún chocolate de calidad, pero Margaret, sólo sonreía y le decía *no gracias* cuando él la invitaba a salir. Ahora era el turno de March de acercarse voluntariamente a Daniel.

—Hola Daniel.

—Hola Betty. Pero qué gusto Margaret, hace cuanto tiempo que no te pasabas por aquí.

—Sí, he estado un poco ocupada pero...

—¿Qué les sirvo? ¿Lo se siempre? Aunque ya no sé si lo recuerdo bien. Sería un mokaccino y una crepa de nueces para Margaret y...

—Daniel —dijo Betty muy determinante—. No estamos aquí para consumir, sino para todo lo contrario. —El chico frunció el entrecejo.

—¿Un préstamo? —Betty hizo una mueca ante la sugerencia.

—No estaría mal.

—¡No! —Intervino Margaret—. Estoy buscando empleo. La razón porque

la que no me he pasado por aquí hace unos meses es porque estoy teniendo problemas económicos y necesito trabajar para salir de ellos. Mi hermana está teniendo problemas en su empleo y quiero ayudarla.

—Un préstamo no estaría mal, Margaret.

—No estoy buscando un préstamo, Betty. Necesito generar ingresos, no endeudarnos más.

—Un apalancamiento, chica.

—No se me dan las inversiones.

—Estás pasando de noche las finanzas, ya lo vi.

—Como sea. Prefiero trabajar.

—El detalle es que sólo tiene disponibles un par de horas al día. Y pensamos en que tú podrías darle esa oportunidad. —El chico permanecía con el rostro dudoso. Se mordía los labios como si estuviera tomando una decisión difícil y miraba a una y a otra chica.

—¿Y por qué no trabajas más tiempo?

—Holly no quiere que trabaje. Sólo tengo dos horas libres al día si quiero estar en casa antes de que ella vuelva. Lo necesito. —Los dedos de Daniel golpeaban el mostrador. Parecía sopesarlo muy bien.

—¿Estás segura de que no quieres platicarlo con ella?

—Cien por ciento —dijo Margaret. Daniel se sobó la frente y finalmente decidió.

—De acuerdo. No tengo contemplado pagarle el salario a una empleada pero puedes quedarte el cien por ciento de las propinas y yo te daré un alimento al día.

Margaret sonrió. La verdad era que le parecía más de lo que esperaba porque con un porcentaje de las propinas se habría dado por servida. Estaba arriesgándose mucho pero sentía que valía la pena. En algún momento, Holly podría necesitar algo de dinero y ella esperaba tener reunido algo que le fuera útil.

—De acuerdo —dijo entusiasmada—. ¿Puedo comenzar mañana?

—Puedes comenzar ahora si así lo quieres.

—Muchas gracias, Daniel.

Capítulo 5

Las hermanas Ford

Las cosas pintaban demasiado bien. Las hermanas Ford llevaban una semana viviendo con Frody y el ambiente parecía mucho menos tenso que al inicio. Era sábado y el chico rubio tenía una mesa enorme con un exquisito banquete listo para invitar a desayunar a las chicas Ford. Al ver la gran variedad de alimentos, Joy y Margaret casi pierden los ojos de la alegría, y Margaret, aunque difícil de convencer, también esbozó una sonrisa. La semana se les había pasado demasiado rápido y no habían tardado mucho en acoplarse. Frody se llevaba a Joy a la preparatoria, y Holly se llevaba a Margaret a la universidad. Al regresar de la escuela y del trabajo, las chicas se encerraban en su habitación y evitaban salir lo menos posible para no molestar a Frody. Él intentó invitarlas a merendar un par de días pero aunque las dos hermanas menores se morían de ganas de aceptar, Holly siempre decía que no. Esta vez no se escaparían. Frody les diría que ya tenía todo listo y no podrían negarse. Justo como sucedió.

—Todo está delicioso, Frody.

—Me alegra que te haya gustado. Y me alegra que hayan aceptado desayunar conmigo. Estuviste escapándote toda la semana. —Holly se incomodó.

—No quería molestarte. Traté de que esta semana nos vieras lo menos posible. Como si no estuviéramos aquí.

—Sabía que estaban aquí. Y me frustraba el hecho de que hubiera alguien tan cerca y no pudieran compartir la merienda conmigo. La soledad está matándome. —Holly rio—. Debe haber sido muy incómodo ingerir solamente alimentos congelados con tal de no utilizar la cocina.

—De hecho tengo algo de colitis —dijo Joy.

—Chicas, ¿por qué no van a la habitación que Frody nos prestó?

—¿Nos estás corriendo? —preguntó Joy. Holly puso los ojos en blanco.

—Sé a dónde pueden ir. En la parte trasera del edificio hay una piscina deliciosa. ¿Por qué no van a divertirse un momento? —Las chicas miraron a Holly como esperando su aprobación y ella asintió. Las chicas corrieron a toda prisa.

—Gracias por dejarlas ir. Pensé que te negarías.

—Frody, quiero disculparme si fui muy dura al enojarme tanto tiempo contigo por haber chocado mi auto. Quizá no era para tanto pero tuve días muy difíciles.

—¿Y terminaron?

—No precisamente. Pero creo que estoy adaptándome. Es sólo que quiero darte las gracias por todo lo que hiciste por nosotras esta semana. Sin ti, las cosas habrían sido muy, pero muy difíciles.

—No sabes cuánto me alegra escuchar que te pude ayudar aunque sea un poco.

—De hecho, me ayudaste bastante. Y por eso no quiero ser abusiva. Nos iremos este fin de semana. —Frody puso un gesto de decepción que no pudo ocultar.

—¿A dónde? —preguntó autoritario.

—Yo... a... estuve buscando y hay varios lugares.

—¿A dónde?

—Frody, no tienes por qué interrogarme así. Es mi decisión a donde elija irme.

—Pero aquí están bien, ¿por qué te quieres ir tan rápido?

—El trato fue una semana.

—Pero las cosas han marchado mejor de lo esperado. Pueden quedarse uno, tres, o incluso hasta seis meses.

—Eso es demasiado.

—Una semana no es nada, Holly.

—Es suficiente para encontrar una posada económica.

—¿Una posada? —Frody se paró de su asiento—. ¿Piensas irte a una posada? No lo voy a permitir, Holly.

—Tú no tienes decisión en esto. No puedes gobernarme.

—No lo voy a permitir. No vas a sacar tus cosas de esta casa para irte a una posada. —Holly sintió una sensación de protección que le gustó mucho pero también se sintió desafiada. Lo suficiente como para salirse de sus casillas.

—¿Quién te crees, Frody? Voy a irme cuando yo lo decida y eso es justo ahora. —Holly se levantó y se dirigió hasta la habitación que Frody les había asignado. Empezó a empacar las pocas cosas que habían sacado de las maletas y el chico apareció tras ella.

—No puedes irte así.

—Vine voluntariamente y eso significa que puedo irme cuando yo lo decida. Incluso si eso es a las dos de la mañana.

—Holly, escúchame. —Frody puso su mano en el hombro desnudo de Holly y ella se tensó. El chico rubio podía sentir la energía que ella desprendía y no quería retirar su mano que en ese momento era el medio que transportaba el brío de Holly hacia él—. No quiero que te vayas ahora. Quiero que encuentren un lugar mejor.

—No puedo seguir viviendo gratuitamente aquí.

—No me molesta —dijo acercándose cada vez más a ella.

—Pero no es correcto. —Holly y Frody se miraban. Estaban tensos. Sentían una energía que los hacía repelerse pero al mismo tiempo una que los atraía. Holly quería salir corriendo y al mismo tiempo quería colgarse del cuello de Frody que tan seductor olor desprendía. Y Frody, él no pensaba en nada, su mente estaba oscura y sólo veía a la chica que tenía enfrente. No quería perderla. Ella tenía esa chispa que lo ponía con los pies en la tierra y que aunque lo hacía rabiar, también le daba alegría. Holly era una caja de emociones y sensaciones. Los dos cuerpos continuaron acercándose. Sintieron sus alientos y miraron sus labios hinchados. Hubo un rose casi imperceptible que les puso la piel erizada y entonces Frody metió sus manos en el cabello de Holly. Ella reposó sus brazos sobre el pecho de él y se dejó abrazar. El chico rubio sobaba la nuca de la pelirroja como si estuviera ansioso. Holly respiraba como si acabara de correr un maratón.

—Quédate un mes —le suplicó al oído.

—¿Por qué quieres que me quede?

—Quiero ayudarlas. —Holly salió del letargo en el que se encontraba y se separó de Frody. ¡Claro! ¡Era eso! ¡Él sólo sentía lástima por las tres hermanas!

—Ya nos ayudaste. Esto que acaba de pasar no es correcto.

—No pasó nada.

—Pero tengo que irme antes de que pase algo. —Holly se sorprendió de sus palabras. Frody se inquietó de nuevo.

—Holly, ¿tú sientes algo por mí?

—Esto no nos va a llevar a ningún lado y si sigo aquí sólo acabaremos por confundirnos. Seguiré empacando.

—No lo hagas. No te hablaré más del tema pero acepta quedarte un mes.

Un mes o hasta que encuentres algo que no sea una posada.

—De acuerdo —dijo la chica pecosa—. Buscaré otra cosa.

Capítulo 6

Frody

Esa mujer estaba volviéndome loco. A media semana estuve tentado a pedirle que se fuera pero no me atreví. Sobre todo, considerando que yo le había pedido que se quedara habría sido demasiado cobarde de mi parte pedirle que siempre sí se marchara. No es que ella y sus hermanas fueran molestas, sino que la vida de despertar y verlas todos los días para después tener que llevar a Joy a la escuela me estaba gustando. ¡Dios Santo! No podía creer que yo estuviera disfrutando de la vida con responsabilidades. Tenía que escapar de eso. Además, estaba Aby, y yo estaba mintiéndole de dos grandes maneras. No le había contado a mi chica que le estaba dando hospedaje a tres hermanas desamparadas. Y además, estaba empezando a sentir cosas extrañas por una de ellas. Eso era lo peor.

Creí que si Holly, Margaret y Joy se iban, yo estaría mejor, porque así podría esclarecer mis sentimientos. Y probablemente sí. Pero cuando había escuchado de boca de la pelirroja que se irían, me sentí entristecido de una manera tan extraña que no quise afrontar. Quizá se debiera a que era un cargo de conciencia por estar deseando que se fueran algunas veces, o quizá se debiera a que me estaba encariñando demasiado rápido con ellas. Pero lo que sea que fuera, lo correcto era haber dejado que se marcharan cuando se presentó la oportunidad. Lástima que ahora que tenía la cabeza fría, ya era un poco tarde. ¿Cómo iba a parármelo enfrente a Holly para decirle que lo había pensado bien y lo mejor era que se fueran cuanto antes a la posada? ¡Vaya soquete que era! Había desperdiciado mi oportunidad. Pero sólo faltaban tres semanas más. Tres semanas más en las que procuraría no tratar tanto con Holly y me haría a la idea de no chistar tanto cuando me dijera que se marchaban. Era una promesa que me hice a mí mismo. La pantalla de mi móvil se encendió. Los ojos seductores de Aby aparecieron en él. Todo se me olvidó.

—¿Cómo está mi osito de peluche?

—Extrañándote, amor. No sabes cuánto.

—Te noto algo ojeroso, bebé. ¿Estás bien?

—Ya te lo dije. Sólo te echo de menos.

—Pero el próximo fin de semana vienes a verme, ¿verdad? ¿O prefieres

que yo vaya?

—¡No! —Aby frunció el ceño—. No. Yo también deseo ver a mis padres y creo que es mejor si yo voy para allá. Estaré ahí el sábado temprano, corazón.

—Está bien, amor. Pero no me extrañes demasiado o te pondrás muy feo. Sabes que te amo, ¿verdad? —La voz de Joy me llamó a través de la puerta.

—Eh sí, princesa. Te tengo que dejar. Llegó la comida que pedí. Te llamó mañana ¿sí?

—Está bien, corazón. Soñaré contigo. Bye, bye, cielo.

—Bye, amor. —Me aseguré de haber terminado la llamada y abrí la puerta. Joy apareció con un tenis *converse* y una camisa de cuadros atada a la cintura.

—Iremos al cine. ¿Vienes con nosotras?

—No creo que Holly... —Holly apareció detrás de Joy con un atuendo casual y una sonrisa de complicidad que me impidieron negarme. Tomé la chaqueta de cuero y les pedí que me dejaran llevarlas en mi auto. Rompí la promesa que me hice pero lo pasamos de maravilla.

Capítulo 7

Margaret

A Margaret las cosas no le estaban pintando muy bien. Había conseguido guardar algo de dinero en las dos semanas que llevaba trabajando con Daniel, pero Daniel estaba demasiado insistente. Ella se había prometido soportar tanto como le fuera posible pero le estaba pareciendo demasiado.

Había conseguido ponerse al corriente en las materias en las que estaba un poco atrasada y bajo la excusa de que tomaba cursos de regularización consiguió engañar a Joy para que no le dijera a su hermana mayor que estaba llegando tarde. Joy le creyó, y con tal de no darle mayores preocupaciones a Holly, no le mencionó nada.

Era hora de que Margaret se marchara del café. El horario de salida le había llegado. Se dirigió a la bodega para guardar su delantal y una respiración incómoda le hizo pegar un brinco. Daniel estaba detrás de ella.

—¿Qué haces aquí, Daniel? El negocio está solo allá afuera.

—Al carajo el café. —A Margaret se le fue la sangre al piso—. Lo importante eres tú.

—Ahora tengo que irme. Con permiso.

—¿Cuándo me vas a conceder una cita, March?

—Por ahora no, no quiero distraerme de la escuela con estos temas. Dame un poco más de tiempo. —Margaret intentaba esquivarlo pero Daniel la interceptaba.

—Es que ya me cansé de esperarte. Eres una niña mimada que siempre se hace la relegada y se quiere salir con la suya. ¿Sólo me estás utilizando?

—Esto no es fácil. Tú me llevas ocho años de ventaja y si yo decidiera salir contigo no sé lo que pensaría Holly.

—Sé que no te soy indiferente, Margaret. ¿Qué importa lo demás?

—Importa mucho. No me dejarían salir tan fácil contigo y no quiero darle más preocupaciones a mi hermana por ahora.

—No tienes que darle más preocupaciones. No tienes que decirle nada. Sólo vamos a intentarlo tú y yo. Que sea nuestro secreto. —Daniel rodeó a Margaret y la aprisionó entre unas repisas en la pared.

—Creo que hueles a alcohol. Déjame pasar.

—Sé que te gusto.

—Pero si te pones así no lo haces tanto. Creí que eras un caballero — Margaret intentaba jugar con la mente de Daniel.

—Sólo dame un beso.

—No quiero besarte. —Alguien llamaba al mostrador—. Alguien está afuera. Están buscándote.

—Al carajo los clientes. Dame un beso.

—¡No quiero hacerlo! Alguien te llama afuera ¿No escuchas el mostrador?

—Sólo un beso, no seas mojigata. —Daniel tomó las mejillas de Margaret y ella luchaba por zafarse. Los dedos de Daniel se encajaban en su rostro mientras ella trataba de huir de su aliento. De pronto alguien irrumpió en el lugar.

—¿No estás escuchando a la chica?

—¿Y tú quién te crees para estar en mi bodega? ¿Quién eres?

—Estuve llamando desde el mostrador y nadie respondió. Me pareció que aquí adentro ocurría algo extraño.

—Sólo estoy con mi novia, ya puedes largarte. Ahorita no hay servicio.

—Ella no es tu novia. —Margaret tenía los ojos llorosos y miraba sin parpadear a uno y a otro chico.

—¿Tú qué sabes?

—Si no la dejas ir voy a llamar a la policía.

—Margaret, cariño, explícale a este tipo que aquí no está pasando nada malo.

—Margaret, no tienes que mentirme. Ven conmigo. —El chico le tendió la mano.

—¿Quién carajos eres?

—Soy tu cliente por si no te has dado cuenta. —Daniel lo miró un par de minutos y después soltó una carcajada.

—¡Pero claro! Eres el tipo *nerd* del suéter tejido que siempre se sienta solo en el rincón de la cafetería. ¿Dónde dejaste tus anteojos?

—Eso no te importa.

—Estúpido acosador. Margaret ni siquiera te conoce. Yo soy quien llamará a la policía para que te saquen de aquí. —Daniel se buscó el celular en la bolsa del delantal y lo sacó. Cuando estaba a punto de teclear, Margaret habló.

—No te atrevas, Daniel. Si llamas a la policía les contaré la verdad. — Lentamente y algo desconfiada se dirigió hasta el chico corpulento y le cedió la mano que le pedía. Era muy suave y tan joven como la de ella.

—Si te vas, olvídate del empleo.

—No pienso volver.

—Te morirás de hambre.

—Púdrete.

—Margaret, espera. Tú malinterpretaste las cosas.

—Te equivocaste de chica. —Margaret le dio la espalda y se marchó de la mano del chico que nunca antes había visto en su vida.

—Púdranse ustedes, par de críos. —En cuanto estuvieron fuera de la cafetería, Margaret soltó la mano del chico. Se sonrojó un poco y sin decir nada comenzó a alejarse. Pensaba que estaba siendo maleducada pero se había quedado sin palabras.

—¡Puedo llevarte a casa si quieres! —Margaret lo miró con desconfianza —. Entiendo que estés asustada pero estudio en la misma universidad que tú. Te veo desde que ibas en primero y suelo venir todos los días a este café. Aunque creo que ya no vendré más.

—No te he visto antes.

—Quizá lo has hecho con mis anteojos puestos. —Margaret dudó—. Yo no te haría daño. Una chica te deja en la escuela todas las mañanas y al salir tomas el autobús.

—¿Estás espiándome? —El chico se sonrojó. Quizá había abierto la boca de más pero necesitaba convencer a Margaret de que él la conocía desde hacía mucho tiempo aunque ella a él no. Esperaba que sus palabras no la hubieran asustado más en lugar de relajarla. La chica lo miró con sus increíbles ojos bicolor y después le sonrió.

—Gracias. Muchas gracias en verdad por lo que acabas de hacer por mí.

—No tienes nada que agradecerme.

—Acepto tu raite. —El chico la miró con ojos expectantes y corrió a abrirle la puerta del auto. Margaret se conmovió.

Capítulo 8

Aby

Aby llegó al aeropuerto unos minutos antes de lo esperado. Pensaba en la gran emoción que le daría a Frody al verla parada en la puerta de su apartamento y no podía esperar a llegar para saltar de emoción. A ella le encantaba dar sorpresas. Aby era el tipo de chica a la que jamás le molestaba ser el centro de atención y por eso sus tacones resonaban muy por encima del barullo de todas las personas que iban y venían por los diferentes pasillos del aeropuerto. Algunas personas no se inmutaban al verla pasar, pero otras, no podía evitar seguir con la mirada a la chica del cabello rubio tan basto como el de un león. Ella sonreía como si fuese una figura pública, y aunque lo era, la gran mayoría de las personas no la reconocían, pues no se acostumbraba mucho a leer sobre la vida de las modelos tanto como las de los actores o cantantes. Ella se movía como pez en el agua y hasta dirigía pequeños saludos a algunas personas que la miraban boquiabierta. Tenía un contoneo espectacular y un gusto para la moda para nada ordinario. Era la sensación de muchas jovencitas que dejaban de mirar la pantalla de su celular para observar a la preciosa modelo que pasaba frente a ellas. No faltó quien le pidió una fotografía, a las cuales, Aby accedió muy alegre. Terminó de atravesar el aeropuerto y pidió un taxi que la llevó hasta la dirección anotada en la pantalla de su *iPhone*. ¡Qué bien lo pasaría con Frody! Se suponía que el chico iría a verla hasta el fin de semana, pero aprovechando un descanso que se le había presentado, decidió adelantarse. Se pasó la abultada melena de un lado a otro como toda una triunfadora y contempló el precioso edificio en el que su novio se estaba hospedando. ¡No estaba para nada mal! Frody siempre tenía los gustos más exagerados en cuanto a gastar se trataba y ese edificio no era la excepción. Era obvio que se hallaba frente al edificio más lujoso de la ciudad. La chica lo pasaba bien con Frody pero cuando él le pidió que se fueran a vivir juntos se lo pensó dos veces antes de darle el sí. Ella puso su proyecto como pretexto pero la realidad era que a pesar de que Frody era un perfecto galán y caballero, Aby sentía que le hacía falta algo a su relación. Definitivamente ella era una chica difícil de impresionar. Ella siempre estaba buscando actividades llenas de adrenalina mientras que Frody, temerario y

centrado, buscaba todo lo contrario. Y eso a veces la aburría. Los padres de ambos tenían una excelente relación de trabajo. La compañía de los padres de Aby se dedicaba al diseño y fabricación de todo tipo de ropa y la compañía de los padres de Frody vestía modelos para comerciales. Que mejor manera de seguir adelante con el negocio que el hecho de que Aby y Frody algún día contrajeran matrimonio. Eso reafirmaría el compromiso de una compañía con la otra y ambas seguirían trabajando en la exclusividad. No podía ser tan malo. Frody era lindo.

La chica se paró frente el recepcionista y le exigió que le abriera la puerta del *penthouse* de Frody Steel.

—Lo siento mucho, señorita. No puedo darle acceso al *penthouse* del señor Steel. —La chica se quitó las gafas de sol y lo miró amenazante.

—No es una opción —dijo mientras miraba el gafete del hombre japonés—. Es una orden, Nao. Necesito que me abras el *penthouse* de mi prometido.

—¿El señor es su prometido? —preguntó temeroso mientras veía las manos de la mujer que no llevaba ningún anillo puesto.

—Por supuesto que lo es —dijo golpeado el mostrador—. Si estoy aquí es porque me comprará en Wellington la sortija más cara del mundo que seguramente tú jamás podrás tener. —El hombre bajó la mirada y sopesó los riesgos que implicaba obedecer o no, las ordenes de aquella loca mujer. Si accedía a abrir la puerta seguramente el cliente Frody Steel se molestaría mucho. Pero si no lo hacía, aquella chica sería capaz de provocarle un despido injustificado por no acceder a su petición. Nao aún planeaba seguir trabajando en el edificio, así que decidió abrirle la puerta.

El tiempo transcurrió pero Frody no llegó. Una tormenta inesperada amenazaba con golpear al país. Quizá Frody había decidido dormir en otro sitio para no tener que trasladarse. ¡Que desperdicio de día! El espacio era tan grande que Aby ni siquiera se había dedicado a recorrerlo todo, únicamente había imaginado que la habitación más grande era la que ocupaba Frody y no se había equivocado. Se dedicó a pedir meriendas y después se durmió.

Capítulo 9

Holly y Frody

Margaret y Joy paseaban por la plaza mientras se comían un helado, y Holly y Frody iban muy por detrás de ellas mientras se echaban miradas recurrentes y hablaban de cosas de pronto superficiales y de pronto personales. A Holly le encantaba la arruga que se le formaba a Frody en la comisura de los labios cuando sonreía, y a Frody le encantaba el incisivo lateral que Holly tenía ligeramente hacia dentro y la hacía verse extrañamente sensual. Las miradas hablaban por sí solas. Los chicos no se atrevían a decirse nada de forma clara pero los roces cada vez menos incómodos decían mucho. El viento desvió un rizo rojo hacia las pestañas de Holly y Frody le pidió que se dejara acomodar el cabello rebelde por él. Colocó el rizo en su sitio y acarició con sus heladas manos las mejillas de Holly. El corazón se les aceleró. Nada deseaban más desde hacía tiempo que besarse y abrazarse. Sus *narices* frías chocaron y se quedaron así durante minutos que les parecieron segundos. A pesar de su deseo, Holly no quería que algo sucediese entre ellos. Se sentía vulnerable debido al problema financiero que estaba atravesando y no quería confundirse o parecer abusiva al conseguir algo más con Frody. Una parte del chico rubio deseaba que pasaran muchas cosas, pero por otro lado, tenía a su novia Aby. Él jamás había sido infiel. Él no pretendía convertirse en un tipo tan vil pero algo se había hecho nudo en su corazón y eso hacía que dudara de lo que en verdad quería. Los pensamientos invadieron a Holly. Se preguntaba por qué si parecía que Frody se sentía atraído por ella nunca había intentado besarla. Obviamente no era que ella deseara que sucediera, pero la duda se anidaba en su corazón haciéndola pensar que Frody sólo sentía empatía hacia ella y lo de la atracción eran figuraciones suyas. Frody pareció leer sus pensamientos. Sabía que Holly lo deseaba tanto como él a ella y ahí donde la tenía, frente a él, con sus pecas remarcadas y su nariz tan roja como una manzana, la besó. Lo que sintió fue maravilloso. Se besaron tanto que la lluvia llegó sobre ellos pero no les importó. La algarabía de las personas que corrieron para cubrirse bajo algún tejado los trajo de vuelta a la realidad. Margaret y Joy que no se dieron cuenta de lo sucedido corrieron hacia ellos y los cuatro se marcharon riéndose de aquella plaza.

Las chicas se dieron cuenta de que algo había pasado entre Holly y Frody, pues aunque quisieron ocultarlo no dejaban de echarse miraditas en cualquier semáforo que les tocaba en rojo. Incluso en algún momento del viaje creyeron ver que Frody puso la mano encima de la de Holly, pero cuando quisieron constatarlo, ya la había retirado. La lluvia era cada vez más intensa y los parabrisas no dejaban de trabajar para que Frody pudiera seguir conduciendo. La fila de tráfico se volvió inmensa, había autos varados y estaban obstruyendo el único camino que los chicos podían tomar. Estaban bastante lejos de casa y el pronóstico en el internet no anunciaba que la tormenta fuera a descender pronto. Las chicas comenzaban a impacientarse.

—A este paso no llegaremos a casa el día de hoy.

—Me temo que no —dijo Margaret mientras recordaba el incidente ocurrido en la cafetería. Sentía una especie de rencor hacia Daniel, que la hacía incomodarse, pero también sentía una misteriosa curiosidad y agradecimiento hacia el chico desconocido que la había rescatado. Pensar en él se sentía bien pero no dejaba de pesar el hecho de que de nuevo se había quedado sin trabajo para ayudar a Holly. Lo que había reunido no era nada.

—Chicas, ¿por qué no nos hospedamos en ese hotel? —Frody señaló hacia las afueras de la carretera. Se trataba de un anuncio luminoso que amenazaba con fundirse cada vez que el viento soplaba con más fuerza. Las chicas fruncieron el ceño—. Bueno, sé que no parece algo como el *penthouse*, pero creo que es muy peligroso seguir conduciendo. Quedaremos atascados en el tráfico un par de horas y además no quisiera exponerlas.

—No —dijo Holly—, no se trata sobre el *penthouse*, es sólo que esto implica mayor gasto para ti y ya estoy demasiado apenada.

—Por favor, Holly, seguramente el hospedaje cuesta lo que un café en el edificio. —Holly abrió los ojos como platos.

—No me digas eso, Frody.

—¡Ja! —dijo Frody cuando se dio cuenta de que había abierto la boca de más—, es una pequeña broma, princesa. El hospedaje en el *penthouse* no es tan caro. —Holly lo miró como si le hubiese dicho una grosería y Frody se sonrojó, la había llamado así sin la intención de hacerlo.

—¿La llamaste princesa? —preguntó Joy—. ¡Santo cielo! ¿Cuándo pasó que ni cuenta me di?

—Aquí no ha pasado nada, Joy —dijo Holly.

—A otra con ese cuento. Margaret, ¿escuchaste lo que Frody le dijo a

Holly? Margaret, te estoy hablando, ¿por qué estás tan pensativa?

—¿Qué? No, claro que no. Yo sólo veía la lluvia. ¿Qué pasó?

—Frody llamó “princesa” a Holly.

—Basta, Joy.

—¡Wow! ¿De qué me perdí?

—Eso mismo dije yo. Pero dime, ¿qué te pasa a ti? ¿En qué estabas pensando?

—No pensaba en nada.

—Claro que sí. —Las chicas siguieron discutiendo en tono bajo y Holly y Frody volvieron a lo suyo. El chico rubio sentía algo por Holly. La había besado pensando en que así pasaría a segundo plano la tentación de estar con ella pero todo se había agravado. Definitivamente sentía algo por ella. Pero también sentía algo por Aby. No podía seguir alimentando sus sentimientos hacia la pelirroja. Era el momento de poner fin. Llegaron al hotel de fachada amarilla muy sin chiste y Holly se preguntaba por qué de pronto Frody había cambiado su actitud hacia ella. Unos segundos atrás hasta había tocado su mano y ahora evitaba su mirada otra vez. No era la primera vez que cambiaba su actitud de un segundo a otro. La fila para la recepción era algo larga, ellos no eran los únicos que habían tenido la idea de pasar la noche en un hotel cercano y por ende, las habitaciones se agotaban.

—¿Me quieres decir qué te pasa ahora? —Holly sentía que se estaba tomando una atribución que no le correspondía pero de cualquier forma merecía una explicación por los cambios de humor de Frody para con ella. El chico la miró como si no hubiera entendido su pregunta y la ignoró. Holly y Margaret se paseaban por los angostos pasillos del hotel mientras dejaban marcas de agua en un piso ya de por sí enlodado.

—Te hice una pregunta, Frody.

—¿Perdón?

—¿Perdón? —susurró Holly para que no escucharan nada las personas a las que tenían enfrente y detrás de la fila—. ¿Hace un momento acabas de hablar conmigo como si fuéramos los grandes amigos y ahora te diriges a mí con tus formalismos tontos?

—No me pasa nada, Holly. Estoy cansado de manejar y eso es todo. Esta situación de las lluvias me estresa. Mira cuánta gente hay aquí y la lluvia no para.

—Fue tu idea detenernos aquí.

—No había otra opción. No llegaríamos a casa hoy.

—Vamos a dormir al auto entonces.

—¿Estás loca? Nos congelaríamos.

—No me llames loca.

—No puedo creer que seas tan irritable.

—Eres un patán.

—Y tú una egocéntrica.

—Yo no te pedí esto.

—Buenas noches —dijo la recepcionista al darse cuenta de que sus clientes estaban teniendo una discusión de pareja.

—Buenas noches, señorita. ¿Puede darnos dos habitaciones? Una con una cama matrimonial e individual para las chicas, y otra con una cama individual para mí, por favor. —La chica de anteojos de la edad de Holly le hizo una mueca de pena a Frody.

—Lo siento señor, sólo nos queda una habitación con dos camas individuales. —El alboroto de parte de las personas que alcanzaron a escuchar la respuesta de la recepcionista no se hizo esperar.

—¿Por qué nos tienen haciendo fila si solamente tienen una habitación disponible? —alegó una señora. El motivo era claro. No todas las personas aceptaban pagar el costo que el hotel estaba dando a las habitaciones en ese momento y no querían perder a los clientes de la fila que sí estaban dispuestos a pagar lo demandado.

—Ammm... yo... el sistema apenas se me actualizó señores, les pido que guarden silencio. —El guardia de seguridad se acercó para intentar controlar el alboroto y la mayoría de las personas se retiraron, a excepción de dos parejas que se quedaron para ver si Frody aceptaría o no la oferta de la habitación.

—Apúrense jovencitos, llevamos prisa —gritó un señor robusto de barba de candado.

—¿Está segura de que no tiene otra habitación? Puedo pagarle el triple de lo que pide.

—Es la única habitación señor. Estoy completamente segura.

—De acuerdo, la tomaremos. ¿Debe haber algún sillón, verdad?

—No señor, la habitación que queda es la más sencilla, en realidad casi nunca se ocupa porque el hotel no se llena y es la que dejamos para el final.

—Fantástico —dijo con sarcasmo—. No se digas más. —Frody sacó la

tarjeta dorada para pagar la habitación y los demás clientes salieron del hotel abucheando su suerte. Tendrían que continuar su camino.

—Pensé que nunca se desocuparía la recepción —dijo Joy mientras se dejaba caer en el húmedo sillón.

—Eso apesta a perro mojado.

—El olor a perro mojado me gusta, Margaret. Es mejor que el de los humanos.

—De hecho es de humanos que han dejado sus partículas en el sillón, Joy. Eso de *perro mojado* fue un decir. —Joy hizo una mueca de asco y se paró del sillón. Con la recepción vacía el frío comenzaba a sentirse fuerte en sus mojados cuerpos.

—Permítame, señor, estamos buscando las llaves. —Frody se frotó el cabello y perdió la paciencia.

—No puede ser que después de lo que están cobrando ni siquiera encuentren las llaves de la habitación. Exijo hablar con el gerente.

—Permítame señor, casi las tenemos, estoy segura de que estaban por aquí.

—¿Por qué tanto escándalo, Frody? —le susurró Holly, quien estaba contrariada por la insistencia del chico en que hubiera otra habitación o sillón disponible. Era claro que para nada quería compartir la noche con ella.

—Es abusivo de su parte, Holly.

—Exijo hablar con el gerente, señorita, o tenga por seguro que el día de mañana recibirán la demanda por el abuso que están cometiendo contra los clientes. —La chica se preocupó y se dirigió hacia un pasillo oscuro del que regresó cinco minutos después con un hombre alto de labios anchos y ojos negros. Frody ya lo amenazaba con la mirada mientras Holly permanecía con la cabeza gacha apoyada en el mostrador. Estaba agotada y ni siquiera tenía ganas de mirar a nadie.

—Buenas tardes, señor Steel. Me han comentado sobre el problema que surgió y antes que nada debo ofrecerle una disculpa.

—Bueno, una disculpa no es suficiente. Nos han hecho esperar largos minutos para decirnos que sólo hay una habitación disponible con dos camas individuales y la verdad es que ahí no cabemos los cuatro.

—Me gustaría al menos poder ofrecerle otra cama individual o un sillón, pero estamos abarrotados.

—El costo es exagerado y además, ¿pierden las llaves?

—Entiendo su punto. Veré con el dueño la posibilidad de ser menos... ya sabe... avariciosos, y de no tomar ventaja de este tipo de situaciones. Le pido una disculpa nuevamente. Aquí tengo las llaves, como le comentó Lucy es una habitación que casi nunca se usa y precisamente hoy las tomé para echarle un vistazo. Al menos las camas están como nuevas.

—¿Está seguro de que no hay un sillón de sobra para mí? Las chicas pueden dormir juntas pero no cabrán en una cama individual las tres.

—Bueno, si me disculpa el atrevimiento, no veo por qué no pueda compartir la cama individual con su mujer, estoy consciente que será un espacio reducido pero con el frío que hace...

—Ella no...

—¡Yo no soy su mujer! —alegó Holly mientras volteó a ver por primera vez al gerente del hotel—. ¡Santo cielo! ¿Will? Por Dios, ¿qué haces aquí? Es decir, no sabía que estuvieras por estos rumbos.

—¡Oh, Holly! La pequeña y hermosa Holly. —Los dos amigos se fundieron en un abrazo estremecedor y Frody se puso rojo—. Estás tan encantadora como siempre, mírate. —Mientras hablaba hizo que Holly se diera un par de vueltas sujetando su mano—. Mejor cada día.

—Exageras Will. No es para tanto. Ahí están mis hermanas. —El chico alto saludó a las chicas con una sonrisa sincera y las chicas le devolvieron el efusivo saludo.

—Tan grandes que están ahora. No te veía desde...

—Desde el funeral de mi padre.

—Lo sigo sintiendo mucho, Holly.

—Lo sé. Él te quería como a un hijo. —Frody miraba a todos con los ojos inyectados de una rabia que ni el comprendía. Toda aquella escena le parecía nefasta. ¡Claro, como a un hijo! ¿Se suponía que ese tal Will era el cuarto hermano Ford con el que tendría que cargar para su departamento? ¡Ni loco!

—Pero yo lo quería como a un suegro. —Will y Holly se sonrieron y Frody no pudo contenerse más—. Bueno, ¿ya terminaron?

—Will, escucha...

—Lo sé, Holly. Sé que para ti siempre fui un amigo y no voy a juzgarte, pero nena, cuando necesites algo, ahora ya sabes dónde encontrarme. ¿Por qué no me das tu número? —Frody carraspeó. ¿Nena? ¿Qué estupidez de nena era esa que le había dicho a Holly? ¿Y además lo ignoraban?

—Holly, llevamos algo de prisa. Estoy resfriándome en esta recepción. —

Will miró el descontento de Frody en su rostro y pensó que tal vez era su novio o algo así. Pero en ese caso, no habría habido tanto problema en amontonarse en una cama individual. Will no quiso quedarse con la duda.

—¿Él es tu...?

—No —dijo Holly despreocupada. Él es... —Vio a los ojos de Frody— un... buen amigo. —Frody sintió como si una navaja atravesara su pecho y un dolor en la garganta lo enmudeció.

—¿Como yo? —preguntó divertido.

—Ammm... sí, como tú.

—Fantástico. ¿Por qué no vienes a dormir a mi habitación? Tengo una asignada para este tipo de ocasiones y pasaré la noche aquí el día de hoy.

—Creo que no es necesario —replicó Frody—. Ya tenemos una habitación pagada.

—Frody tiene razón. No quiero molestarte.

—No me molestas. Te ofrezco mi cama. Tú duermes ahí y yo duermo en el sillón. Así se solucionaría el problema de todos. —Los ojos de Frody miraron amenazantes a Holly. La pelirroja notó lo que ocurría y decidió poner a prueba el límite del rubio.

—Está bien —dijo sonriente—. Que Margaret y Joy duerman en una cama y Frody en la otra. Yo voy contigo. —A Frody le tembló la boca y sintió electricidad en el cerebro. Holly dio un paso para acercarse a Will y el chico la detuvo repentinamente del brazo.

—Tú vienes conmigo, Holly —le dijo al oído estremeciendo todo su ser. Volteó a verlo de una manera retadora y se zafó de él.

—Tú necesitas un sillón u otra cama porque en esas camas no cabemos, ¿no es así?

—Sí cabemos —dijo sin quitar su rostro gruñón.

—Iré con Will.

—No irás a ningún lado —dijo tomándola del brazo otra vez.

—No puedes impedírmelo.

—Puedo hacerlo. No me obligues a partirle la cara a ese imbécil. — Todos notaban lo que sucedía entre los dos chicos pero no alcanzaban a descifrar las palabras exactas de su discusión. Will aguardaba paciente, si Holly quería venir a su habitación él no se negaría. Las chicas estaban emocionadas.

—Que tengas buena noche —dijo Holly mientras se zafaba una vez más de

la mano de Frody. El chico la tomó por la cintura antes de que se le escapara y le plantó el beso más presuroso y posesivo que jamás ninguno de los dos había tenido nunca. Las chicas estaban boquiabiertas. Will apretó los labios y fingió mirar el piso. Después de unos cuantos segundos los tórtolos se separaron y el gerente se marchó dando las buenas noches.

—Buenas noches —respondió triunfante Frody.

Capítulo 10

Abigail

Abigail intuía que algo extraño pasaba con Frody. Ella podía entender que debido a la cuestión climatológica no hubiera llegado a dormir pero que no contestara sus mensajes era demasiado extraño. *¿Y si le había ocurrido algo en carretera?* No lo creía. A esas alturas ya todos los noticieros estarían hablando de ello y afortunadamente habían reportado un saldo blanco durante la tormenta. Pensaba incluso en reportarlo como desaparecido, pero después de haber descubierto una de las habitaciones del *penthouse* repleta de ropa de mujer y mochilas escolares, sabía que no era necesario hacerlo. Frody estaba bien. Pero quizá no lo estaría tanto cuando volviera. Sea lo que fuere que estuviera ocurriendo con Frody y esas mujeres, terminaría enseguida.

Abigail empacó todas las cosas de las chicas Ford y dejó las maletas en el pasillo de la entrada. Tenía el estómago hecho nudo y ni siquiera había podido desayunar sólo de imaginar lo bien que la estarían pasando esas tipas al lado de su chico. Seguramente eran unas vividoras y se estaban aprovechando de él al saber que era millonario, pero todo llegaría a su fin. Abigail no podía esperar a que llegaran.

Capítulo 11

Holly y Frody

A pesar de la lluvia, del frío y de los malos ratos tenidos, Holly y Frody pasaron la mejor noche de sus vidas. Pues aunque durmieron dándose la espalda y con cobijas separadas porque tuvieron que despojarse de sus ropas mojadas, la sola presión de sentirse tan cerca el uno del otro había sido adrenalina pura. Además, al despertar estaban frente a frente. ¡Qué manera de comenzar la mañana! La lluvia había cesado pero las calles estaban algo dañadas. Frody no se presentaría a laborar y las chicas menores no irían a la escuela. Holly estaba cansada de fingir que aún tenía empleo y por eso rompió a llorar apenas Frody le preguntó si ella iría a su trabajo. El chico rubio se sentó en la cama y acarició el cabello de Holly. La pelirroja le contó que hacía una semana que estaba desempleada y salía todas las mañanas únicamente para buscar algo nuevo. Parecía que no encontraría nada referente a su profesión y estaba a punto de comenzar a buscar algo en cualquier otro puesto. No podía ponerse especial. Necesitaba el dinero. Frody le dijo que podían quedarse en su casa el tiempo que quisieran y Holly se sintió aliviada. Aunque él chico ya se lo hubiera dicho en muchas otras ocasiones, era bueno que cada día se lo reafirmara, pues eso le daba la confianza para seguirse sintiendo bien recibida.

—Te prometo que no será mucho tiempo más. Tengo el dinero de mi liquidación y voy a trabajar en lo que sea. Ya después encontraré algo de Diseño de vestuarios. —Sus ojos estaban humedecidos.

—¿Diseño de vestuarios? —Holly asintió.

—Diseño ropa de mujer.

—Wow, Holly, ¿por qué no me lo habías dicho antes? Mi empresa viste modelos importantes. Estoy seguro de que podemos darte una oportunidad. Aún necesitamos mucho personal.

—¿De verdad? —Holly se limpió las lágrimas. Era cierto que vivía bajo el mismo techo que Frody. Y también era cierto que sentía un interés especial hacia él. Pero nunca se habían puesto a platicar sobre lo que hacían uno y otro. En cierta parte porque seguramente ambos tenían algo en su interior que les impedía abrirse confiadamente al inicio de algo que no creían que pudiera ser.

Ambos tenían miedo.

—Linda, de haberlo sabido antes ahora estarías firmando tu contrato. ¡Vamos! Vayamos al departamento para que me muestres esos diseños y veamos qué podemos hacer. Despierta a las chicas y pasamos a desayunar.

Capítulo 12

Frody

Puede que yo fuera el peor novio del mundo para Abigail, pero simplemente no podía soportar la idea de Holly pasando la noche en la habitación de ese tal Will. Por mucho que le tuviera respeto y ella fuera a dormir en su cama y él en el sillón, yo también soy hombre y sé lo difícil que es, no porque yo me haya aguantado las ganas de besarla durante la noche, quiere decir que Will también lo iba a hacer. Sé que Holly está vulnerable, no iba a entregarla como carnada en los brazos de ese tipo. Está vulnerable por sus problemas económicos pero también porque sé que está confundida en cuanto a lo nuestro. He intentado terminar con todo pero cada vez que quiero hacerlo me comprometo más con ella. Acabo de decirle que pueden quedarse conmigo todo el tiempo que haga falta y eso es una mentira. No pueden hacerlo. He estado alejándome de Aby porque no encuentro espacio para hablar con ella y además he estado ocultándole esto. Holly me gusta mucho y siento algo hacia ella. Pero también estoy seguro de que quiero a Aby. ¿Entonces qué carajos pasa conmigo? ¿Sólo siento la necesidad de protegerlas por lástima o caridad, o realmente hay algo más? Llegué a pensar que quizá sólo era compasión pero ayer que ella estuvo a punto de irse a dormir con Will descubrí que no era así. Los celos me consumieron por dentro como una llama de fuego que no se apagó más que con sus besos y no quiero que vuelva a ver a Will jamás. ¡Carajo Frody, estás jodido!

Llegamos al departamento y el olor a manzana y elegancia me tranquilizaron. Ese era mi mundo. Puertas de cristal enormes. Personas con rostros que me sonríen todo el tiempo porque pueden distinguir mi estatus al verme. Y pisos más limpios que el mostrador del hotel en el que pasamos la noche. ¡Qué diferencia! Cuando vi las cosas de las chicas frente a la puerta llegué a pensar que nos estaban desalojando, pero jamás imaginé encontrarme con ella al abrir la puerta. Vi sus piernas largas y los finos tacones apuntando hacia mí. Tenía un vestido rosa y un abrigo tan largo y grueso del que se podían sacar dos cobijas o más. Su cabello tan fiero y abundante como ella misma, se meció. Parecía una muñeca de porcelana. Sus perfectos dientes y

labios carmín me sonrieron. Corrió hasta mí para besarme y el corazón se me fue a la garganta. Recé porque se terminara la pesadilla pero aquello era real. El olor de su cabello y el perfume tan caro no podían ser producto de mi imaginación. Aby estaba aquí.

—¡Corazón! ¡Bebé! No sabes cuánto te extrañé. Estuve esperándote todo el día de ayer pero imaginé que por la lluvia no habías podido llegar. Te tengo una sorpresa amor, ya lo pensé bien y sí quiero casarme contigo de una vez. Me mudaré cuanto antes. —Volteé a ver a las chicas y las tres estaban cabizbajas. Joy sabía algo de esto, pero tampoco era que conociera mi relación a detalle. Seguramente la frase del casarse conmigo había sido suficiente para todas. Holly hecho su cabello hacia atrás y empezó a escribir algo en su celular. Tenía los ojos llorosos. Margaret ni respiraba.

—Holly... —Aby no se despegaba de mí en ningún momento. En mi mente estiré la mano para intentar tocar a la pelirroja por lo menos en mis pensamientos pero la presencia de Abigail era demasiado fuerte y ni siquiera eso pude hacer. Me acobardé y técnicamente decidí quedarme al lado de Aby.

—¿Quiénes son ellas, amor? ¿Las chicas a las que les estuviste dando posada? —Yo no le había comentado nada a Aby, pero ella no era tonta y lo de la posada era más que obvio. Holly me miró furiosa.

—Yo... Aby... Holly...

—Chicas —interrumpió mi novia—, como verán ya estoy aquí y Frody no podrá seguir dándoles posada. Ya les empaqué todas sus cosas y les prometo que fui cuidadosa al hacerlo. Además esas marcas de ropa suelen resistir muy bien. Las hacen como para bestias.

—¡Abigail!

—¿Perdón? —dijo Joy mientras la miraba de abajo hacia arriba.

—Joy, cállate.

—No me calles, Margaret.

—Obedece a tu hermana, Joy —agregó Holly.

—Usted no es quien para hablarnos de esa manera. Podrá tener todo el dinero del mundo. Pero nació con él y a diferencia de nosotras no sabe ganárselo. —El rostro de Aby se descompuso—. Podrá tener todo el dinero que quiera y comprarse la ropa más cara en las tiendas. Pero aun eso, no le remediará su interior. Está vacía porque no puede disfrutar de un helado bajo la lluvia antes de que sus pestañas postizas se despeguen. Lo sentimos mucho por usted. —Los ojos de Aby se inundaron de rabia.

—No voy a permitir que me hables así, niña malcriada.

—Fue usted quien comenzó.

—Ustedes invadieron algo que no les correspondía.

—Frody sólo quiso ayudarnos.

—Pues ya no podrá hacerlo, ahora no está solo y ustedes tienen que irse.

—Y nos iremos —dijo Holly. La pelirroja y Abigail se miraron sabiendo que entre ellas era donde se encontraba el verdadero problema—. Sólo esperaremos a que vengan por nosotras.

—¿A dónde irán? —pregunté a Holly pero ella me ignoró. Aby me tenía sujetado del brazo. El elevador se abrió y el estúpido Will apareció en la distancia. Corrió hasta las chicas como si yo fuese un incendio que las consumía y de quien tenía que rescatarlas. Era tan patético.

—Buenos días, chicas. Pasaba por aquí, Holly, por eso pude llegar tan pronto.

—Te lo agradezco de verdad.

—Gracias, Will —musitó Margaret.

—¿Rentarás un lugar, Holly? —Ella me miró tan retadora como cuando pensaba pasar la noche en la habitación de Will y eso no me gustó. ¿Acaso pensaba irse a la casa de ese tipo?

—No rentará nada, amigo. Ellas se mudarán a mi casa. —La sangre me hirvió e intenté zafarme de Aby pero ella era aprensiva. Besó mi mejilla y me abrazó.

—Holly, aún podemos hacer negocios —dije por encima del hombro de Aby—. Envíame tus diseños y lo veré con mi padre.

—Aunque no lo parezca puedo valerme por mí misma, Frody. Muchas gracias por todo.

Las chicas se perdieron de mi vista junto con el chico que me caía tan mal y Aby me miró como exigiendo una explicación. Cerré la puerta y nos sentamos.

Le dije justo lo que quería escuchar. Le dije que les había dado posada a esas pobres mujeres a las cuales habían desalojado de su hogar y que además les estaba ayudando a conseguir un departamento para que se fueran cuanto antes, que por eso el día anterior nos encontrábamos, fuera de casa. Le dije que yo dormí en una habitación y que las chicas habían dormido en otra y que sentía mucha lástima por ellas. Sólo eso. Ella se quedó contenta con su

dignidad intacta pero en el fondo sabíamos que todo era una mentira. No tenía caso discutir por algo que ya había terminado. Me dio mucho gusto ver a Aby cuando pasó todo el embrollo de las chicas, pero no podía dejar de pensar en Holly. ¿Qué estaría haciendo? ¿De verdad iban a quedarse en casa de ese tipejo nefasto? ¡¿Qué pensaría Holly de mí?! Aby olvidó todo lo acontecido cuando la llevé de compras y después fuimos a visitar todos los lugares que yo había conocido en mi estancia aquí. Esa chica era incansable. Al llegar la noche ella cayó rendida y yo me escapé a la piscina para refrescar mi mente. Necesitaba ver algo distinto y decidir si le llamaría a Holly o no. Al final decidí que sí. Me mandó directo al buzón tres veces. Pensé que no lograría comunicarme con ella pero justo en mi último intento la bocina del otro lado del teléfono sonó.

—¡Bueno! ¿Holly? Escucha, yo...

—Soy Margaret, Frody. Me temo que Holly no te responderá.

—¡Carajo! Debí suponerlo. En verdad lo siento.

—A mí no me debes ninguna disculpa. Menos a Joy que ahora está reprendida porque le dijo a Holly que sabía de tu relación.

—¿Se lo dijo?

—Sí, y también le dijo que te pidió que no dijeras nada.

—¡Santo cielo! ¿Cómo lo tomó Holly?

—Pues casi toma por los cabellos a Joy pero ya está más tranquila. Aunque eso no te exime de tus culpas. Holly dice que puede entender que te hayas dejado llevar por Joy para no decir nada sobre tu novia, pero que eso no tiene nada que ver con que la tomaras de la mano ni que la besaras. Eso fue por tu cuenta. —Suspiré.

—Lo sé. Necesito disculparme. ¿En dónde están?

—En casa de Will. —El estómago se me retorció y sentí ganas de vomitar. La amenaza de Holly era real.

—¿Tienen suficiente espacio?

—Frody, esto no te gustará pero...

—¿Pero qué, Margaret?

—Creo que Will está sacando provecho de la situación. Holly se desahogó con él y vi cuando la besó. Holly se apartó pero creo que está muy confundida. Joy y yo dormiremos en una habitación extra. Holly dormirá en la de habitación de Will.

—¿Qué?!

—Espera... Will se ha ofrecido a dormir en la sala, no dormirán juntos.
—Mi nariz se infló como la de un toro y bufé como un buey. A mí ese tipo no me engañaba. Desde que lo vi noté que sólo ponía cara de inocente frente a mi chica pero era todo un fanfarrón. Al final le había entregado a Holly en bandeja de plata. ¡Cómo eres bruto, Frody! ¡Eres un bruto!— ¿Frody, estás escuchándome?

—Perdón, sí, dime.

—Pude encender el celular porque salió con Will, pero creo que no tardan en volver. No vayas a descubrirme.

—¿Salió con él y dejó su celular? ¿Y además las dejó a ustedes solas? ¿Pero qué está pensando tu hermana? ¿Cuál es la dirección? —Margaret me envió la ubicación y no pude esperar a otro día para ir a buscarla. Si Aby despertaba, que en realidad dudaba que lo hiciera, ya me las ingeniaría. Necesitaba hablar con Holly.

Llegué en cuestión de minutos y durante bastante tiempo tuve que esperar a que alguien apareciera frente a la dirección que Margaret me había enviado. Un *porsche* rojo se detuvo frente a la dirección y Will bajó para rodear el auto y ayudar a bajar a una chica que se tambaleaba y reía como desquiciada.

—Holly —grité mientras cruzaba la calle—. ¡Holly! —Ella me vio y detenida del brazo de Will comenzó a reír como si yo fuese un *meme*.

—¿Qué haces aquí, Flordry patrañas?

—Holly, mira cómo estás. ¿En qué estás pensando? Ni siquiera puedes pronunciar mi nombre.

—Oye amigo, es mejor que la dejes en paz. Sólo nos estamos divirtiendo un poco.

—Es mejor que tú te alejes.

—No voy a alejarme. Ella está conmigo ahora y tú no tienes nada que hacer aquí. No voy a dejarla sola.

—Quiero habla con ella. Holly, quiero hablar contigo. Ven por favor. — La pelirroja permanecía asida al brazo de Will y él la sujetaba por la cintura. Se reía cada que le pedía hablar con ella. Estaba completamente ebria.

—Ahora no te escucharé. ¿Es que no estás viendo en que condición está?

—Y eso es por *tú* culpa —dije tocándole el pecho.

—A mí no me culpes por tu estupidez. Mejor lárgate ahora. Holly lo pasará bien —dijo mientras se mordía un labio y arqueaba una ceja. No supe si lo hacía para molestarme o si era una amenaza que planeaba llevar a cabo.

Pero como sea, me encendí.

—No te atrevas a tocarla —dije sujetándolo del cuello. Él soltó la cintura de Holly y la chica tuvo que luchar para mantenerse en pie.

—No voy a tocarla si ella no quiere. —Su comentario rayó en lo burdo y sin pensarlo le propiné un golpe tan fuerte en la mandíbula que quedó tirado en el piso en cuestión de segundos. Me eché a Holly al hombro para llevarla hasta mi auto y ella pataleaba y gritaba sin control.

—¿Qué te pasa? Bájame de aquí —balbuceaba.

—Sólo vamos a hablar, Holly Ford, tendrás que escucharme quieras o no.

—No quiero nada de ti, mentiroso. —Ella rompió a llorar—. Estuviste jugando conmigo todo este tiempo. Asqueroso traidor. —Sus palabras eran algo revoltosas pero lograba entender lo que decía a la perfección.

—Holly, yo no estaba jugando. Lo que pasó entre nosotros fue sincero. Yo no quería llegar a nada pero no pude evitarlo. No planeé besarte. No planeé sentir nada por ti. Te lo prometo que no fue así. Fue algo inesperado.

—¿Qué se dio? —preguntó mientras me miraba—. Nunca entendí qué era lo que había entre nosotros. —Su cabello estaba despeinado y sus ojos estaban hinchados. El rímel estaba corrido y su blusa había perdido dos botones entre los movimientos bruscos. Vi su blusa abierta por error pero no lo hice más. Yo no era esa clase de hombre. Ver a una chica ebria enseñando de más no era lo mío. Will se recompuso y cruzó la calle en nuestra dirección. Puse seguro a las puertas y me importó poco que estuviera manoteando a mi auto mientras me gritaba que bajara a Holly.

—No lo sé, Holly. —Ella rio decepcionada.

—Lo ves. Ni siquiera tú sabes lo que haces aquí. —La chica cerró los ojos y se recargó en el asiento como si estuviera a punto de dormirse—. Espera —dijo con los ojos cerrados entre balbuceos—, ¿cómo llegaste aquí?

—No me gusta alardear pero recuerda que tengo influencias. No es difícil encontrar a Will y su ridículo peinado de niño de colegio.

—Él es un hombre.

—Yo también lo soy.

—Él lo es más. Míralo. —Abrió los ojos—. Está ahí afuera intentando bajarme de este auto porque quiere defenderme de ti —pronunciaba palabras completas y algunas entrecortadas. Estaba ebria pero estaba consciente. Sabía que recodaría todo lo que estábamos hablando al día siguiente.

—Él no es más hombre que yo y te lo demostraré. Tú te irás conmigo esta

noche.

—No quiero irme contigo. Si no me bajas, Will llamará a la policía.

—Él se está aprovechando de ti, Holly.

—Él es un caballero. Es mi amigo de la universidad y siempre me ha tratado bien.

—Te llevaré conmigo.

—Will llamará a la policía y tu novia plástica, la que se derrite al fuego, se dará cuenta de lo que estás haciendo. —Cerré los puños y golpeé el volante.

—Aun ebria pienso mejor que tú. —Ella se incorporó—. Ábreme la puerta.

—Holly, sólo quiero que sepas que no te mentí con la intención de hacerlo. En verdad siento algo por ti. Las cosas se me complicaron pero no estaba en mis planes lastimarte. Lo que tengo con Aby existe desde hace mucho tiempo. Yo no sabía que te conocería aquí. Yo no pensé encontrarte.

—Cállate ya —Holly se limpió las lágrimas—. Llegaste en el peor momento de mi vida y yo pensé que eras una salvación. Me diste techo y te lo agradezco por mis hermanas, pero me rompiste el corazón, Flodry. No hay nada peor que eso.

—Perdóname, Holly.

—Abre esta estúpida puerta.

—Holly —Toqué su mano.

—¡Abre la puerta!

—Déjame pagarles un hotel.

—No quiero volver a verte en mi vida, Flodry. Así que deja de ofrecerme tus programas de bienestar social y desaparecete de una buena vez. —Quitó el seguro a la puerta y Will se acercó inmediatamente para ayudar a bajar a Holly. El tipo me miró con el saco desacomodado y después aventó la puerta de mi auto tan fuerte como pudo. Me alejé de ahí tan rápido como me fue posible y llamé al celular de Holly esperando que Margaret respondiera. La chica lo hizo y yo le pedí que cuidara de Holly tanto como pudiera.

—Cámbiale esa blusa que lleva puesta ¿sí?

—¿Nada se ha solucionado, verdad? —Quise responderle pero no pude. Corté la llamada y rompí a llorar.

De camino a casa intentaba sanar mis heridas. Pero nunca en la vida sanan tan rápido. Antes de conocer a Aby tuve muchas novias y a veces me pasaba

que me rompían el corazón. Durante un par de días lloraba pero después todo volvía a la normalidad. Sólo me quedaba esperar que esta vez fuera igual. Debía ser paciente. Después de todo, en casa había una bella mujer esperando que al despertar yo estuviera a su lado. Eso ayudaría a que pasara más rápido.

Capítulo 13

Joy

Todo estaba hecho un completo desastre pero yo sabía que las cosas no podían terminar así. A veces es necesario tocar fondo para quitarte la venda de los ojos y descubrir que la dirección en la que llevas tu vida no es necesariamente la más correcta. Llegaríamos hasta las últimas consecuencias con tal de que Frody descubriera lo que en verdad sentía por Holly. Llevábamos un mes viviendo en casa de Will, y Holly al final nos confesó que estaba desempleada. En lugar de que las cosas empeoraran, mejoraron mucho. Logramos comprenderla más e incluso le ayudamos a buscar opciones de empleo para ella. Hacía dos semanas que se había metido a trabajar doble turno como asistente de dentista pero no perdía las esperanzas de encontrar algo relacionado con su carrera. Gracias a que no pagábamos renta, el dinero de su liquidación aún nos seguía alimentando. De hecho, hasta resultó que Margaret tenía unos ahorros que usamos para pagar unos libros que nos pidieron en la escuela. Todo estaba fluyendo aparentemente bien. Pero yo sabía que el verdadero desastre estaba en el interior de Holly y Frody.

Holly había dicho que seguiríamos viviendo en casa de Will un par de meses más. El tipo se había comprado un sillón cama y planeaba meterlo en su habitación para dejar de dormir en la sala. Las cosas se estaban formalizando de una manera extraña y yo veía a Holly muy tranquila. Algo me decía que eso de que viviríamos con Will unos meses más, se convertiría en toda una vida. No sé por qué extraño motivo le resultaba tan cómodo vivir en casa de Will, si en la de Frody apenas quería asomar la cabeza. Después de todo, en ambos lugares éramos unas intrusas. Creo que le tenía miedo al cambio tan radical y al dinero. Según ella deseaba vivir en un edificio como el de Frody, pero cuando se le presentó la oportunidad se intimidó. Aquí se sentía más segura. Se movía cada vez más como pez en el agua y a veces me daba la impresión de que era la señora de la casa. Todos nos turnábamos para preparar el desayuno y los fines de semana comíamos fuera. Intenté hablarle sobre Frody un par de veces pero ella se fue de mi lado y me dijo que Frody nunca había existido. Sinceramente la veía un poco mejor que cuando nos corrieron del edificio, pero yo sabía que podía mejorar aún más. Estar cómodo y seguro, no

implica siempre estar feliz. Ella estaba cómoda y segura, pero no estaba enamorada. Nuestra relación con Will era buena, lo conocíamos al igual que mi padre, desde que Holly iba en la universidad, pero acá entre nos, Margaret y yo preferíamos a Frody, y Holly también. Aunque no lo aceptara. Había esperado demasiado tiempo a que Frody se comunicara y no lo había hecho, no podía esperar más. Tomé el teléfono de la casa de Will y llamé a Frody, su voz del otro lado de la bocina apareció.

—¿Hola?

—¿Frody?

—¿Eres tú, Joy?

—Sí.

—¡Wow! ¡Qué tal, qué sorpresa! ¿Cómo estás?

—Algo decepcionada —dije sin rodeos.

—Ammm —Frody sabía a qué me refería—. Emmm bueno, las cosas se dieron así, Joy.

—Creí que lo que empezabas a tener con Holly era real. —Él guardó silencio durante un instante.

—Quizá si yo no hubiera tenido una relación las cosas hubieran sido diferentes. Además Holly no me perdonará jamás.

—¿Amas a Aby? —Él titubeó.

—Me hace feliz. Es mi novia desde hace algunos años y ahora está viviendo conmigo.

—Vaya que tuvo miedo de Holly.

—Joy, tú eres una niña y aún no comprendes estos temas. Sé que todo puede parecerte injusto pero en unos meses más me olvidarás. Tú y Margaret lo harán. —Su voz se entristeció—. Me olvidarán justo como me olvidó Holly.

—Y justo como tú la olvidaste a ella.

—No he olvidado a Holly —reclamó veloz—. Siempre la recordaré. Y a ustedes también. Fue muy divertido y lindo todo lo que pasamos.

—Tú novia es una cretina.

—Joy...

—Sólo no digas que no te lo advertí. Tú y Holly son unos cobardes, eso es lo que son. Prefieren estar con otras personas antes que enfrentarse al cambio. Podré ser una niña ahora, pero espero que cuando sea adulta, no me vuelva tan cobarde como ustedes.

—¿Alguna vez te has enamorado?

—¿Qué? ¡Gracias al cielo, no! Eso apesta. Tengo muchas fiestas por celebrar con mis amigas y no necesito un mosquito picándome la oreja todo el tiempo.

—¿Lo ves? Entonces no puedes entendernos, Joy. —Guardó silencio durante bastante tiempo y pude imaginar que me diría algo sonso. Lamentablemente no me equivoqué—. Me casaré en dos semanas.

—¿Qué? —Mi cabeza pensó en mil ideas de una manera acelerada. Dos semanas era muy poco tiempo. Si ahora era difícil hacer que Holly y Frody se reunieran, después lo sería más. No tenía tiempo para crear un plan. Si Frody quería jugar, yo también jugaría su juego. Lo único que pude decir para hacer que el chico rubio reaccionara fue lo siguiente—. ¿Acaso están jugando competencias?

—¿De qué hablas?

—Holly se casa el mismo día. Es por eso la razón de mi llamada.

—No estés bromeando, Joy.

—Piensa lo que quieras, Frody. Pero el tipo Will no puede esperar a la noche de bodas y hoy meterá su sillón a la habitación en la que duerme Holly. Es obvio que el sillón es una excusa, ¿me entiendes? No digo que antes ellos no hayan...

—Joy, basta.

—Pero sólo tratan de irnos mentalizando a Margaret y a mí. Ellos creen que no sabemos nada pero mi hermana y yo escuchamos todo. No será la gran fiesta pero piensan decírnoslo la próxima semana.

—¿Estás segura de lo que estás diciendo?

—Completamente.

—¿Holly está feliz con él?

—Creo que piensa que es lo mejor. Él se esfuerza mucho.

—Eso es suficiente, Joy.

—¿Qué?!

—Si Holly está feliz, puedo estar tranquilo. —Vaya que le había dado la respuesta incorrecta. ¿Pero qué quería que le dijera? ¿Que Holly estaba siendo maltratada? Pues quizá habría funcionado mejor—. Adiós, Joy. —La bocina emitió un horroroso pitido y tuve que alejar el teléfono de mi oído. Frody se había marchado. Margaret me miró a sabiendas de que estábamos perdidas y me envolvió en un abrazo.

—¿No funcionó, verdad?

—Ni un poco, March. Le dije que Holly se casaría y le importó un bledo. Él se casa en dos semanas.

—¿Dos semanas?

—Lo sé. Tendremos que resignarnos a ser las cuñadas de Will.

—Si tan sólo pudiera recordar de dónde conozco a Aby. Siento que hay algo oculto.

—¿Tú conoces a Aby?

—Yo recuerdo su rostro. Siento que la he visto en algún lugar pero no logro recordar dónde.

—¿Y qué importa dónde la hayas visto? ¿Eso en qué ayudaría?

—¿Qué tal si la vi con otro chico? —Aun en la tristeza de lo ocurrido me reí ante las ocurrencias de Margaret. Vaya que estaba desesperada.

—Estás demente, hermana. Aby es una modelo reconocida. Puedes haber visto su rostro en cualquier revista de moda. —El rostro de Margaret se iluminó y abrió la boca en una “o” gigantesca.

—¡Claro! La vi en el fondo de pantalla del celular de Daniel.

—¿Quién es Daniel?

—Tengo que confesarte algo. —Miré a Margaret con cara de asesina y la jalé del brazo para sentarnos en el sillón.

—Date prisa antes de que los tórtolos vuelvan. Quiero toda la verdad.

Capítulo 14

Margaret

El día que estuve en la bodega de Daniel intentando huir de su acelerada boca, él sacó su celular amenazando al chico que me ayudó a escapar con que llamaría a la policía. Estoy segura de que la chica del fondo de pantalla de su celular a la que Daniel besa en la mejilla, es Abigail. Joy dice que seguramente Daniel se topó a la chica modelo en algún reconocido lugar y le pidió una *selfie*. Pero yo, que vi la foto tan de cerca, puedo apostar a que no se trata de dos desconocidos. Joy y yo salimos de la casa de Will y nos encaminamos hasta el café de Daniel. Teníamos que aprovechar cualquier cosa que nos pudiera servir.

—¿Qué quieres aquí? — El chico se quedó perplejo al verme ahí.

—No le hables así a mi hermana, pedazo de nada. Me ha contado lo que pasó aquél día, y si no quieres que te metamos en problemas, vas a tener que cooperar. —Daniel miró a Joy como si de verdad esa pequeña mujer fuera una amenaza para él y después echó un vistazo a sus clientes. Los clientes estaban en lo suyo para su fortuna.

—¿Qué es lo que quieren?

—La chica de la pantalla de tu celular. —Daniel frunció el ceño—. ¿Quién es la chica del fondo de pantalla de tu celular?

—Una... modelo.

—¿Así que aún la conservas ahí? ¿Eso es demasiado raro, no? Quiero que se la muestres a Joy.

—Pero...

—Muéstrasela a Joy —le grité y los clientes voltearon—. Si no quieres que te armemos un escándalo vas a tener que ceder a nuestras peticiones. Daniel sacó su celular y lo mostró a Joy sin entregarle el aparato. Joy abrió los ojos como platos y sonrió al imaginar lo que yo imaginaba.

—¿Ella es tu novia, Danielito?

—Es una amiga. —Joy golpeó el mostrador y lo miró con los ojos asesinos que sólo ella sabe poner. Los clientes de Daniel volvieron a voltear y esta vez mostraron que se quedarían alertas a lo demás que fuera a suceder—. Por favor, mis clientes.

—Entonces contesta con la verdad o aquí mismo gritaré delante de tus clientes lo que trataste de hacerle a Margaret.

—Sólo traté de besarla, ¿por qué tanto alboroto?

—Tenemos un testigo, no lo olvides. —Daniel puso los ojos en blanco.

—Aarón Fields es un imbécil.

—Pues entre ese imbécil y nosotras podemos provocar que tu café se vaya a la quiebra.

—¡Está bien, está bien! La chica de la foto es la modelo Abigail Cheer. Su novio es el empresario Frody Steel. Ella y yo nos conocimos en un bar de la ciudad hace algunos años y cada que ella viene para acá, pues... nos vemos... ya saben. Soy irresistible. —Hicimos caras de asco.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—¿Qué importa eso, Margaret?

—Vas muy bien, Daniel, no te resistas ahora. Estamos por irnos y tú estás por rescatar tu cafetería y tu nombre de un escándalo nacional.

—Ayer carajo. La vi ayer.

—¿Eres su amante? —Daniel bajó la mirada y pasó la lengua por sus muelas.

—Si así quieres llamarlo no me importa. Ella se ha mudado para acá y pensé que la vería más seguido, pero me dijo que en dos semanas se casará y no quiere volver a verme. —Por un momento me conmoví pero en cuanto Joy empezó a carcajearse en la cara de Daniel no pude evitar imitarla.

—Bueno. Probablemente te quiera ver más seguido ahora —dijo Joy mientras le mostraba su celular como muestra de que acababa de grabar toda la conversación. Daniel rodeó el mostrador y nosotras salimos corriendo con el chico del delantal detrás de nosotras.

—¡Apresúrate, Joy! —Le llevaba la delantera a mi hermana por algunos dos metros.

—¡Deténganse, chicas idiotas! —Un auto nos asustó con su pitido pero inmediatamente lo reconocí. Era el chico que me había salvado aquella vez y ahora parecía que estaba salvándome de nuevo. Se orilló frente a mí y me subí animando a Joy para que trepara junto conmigo. Ella también subió y cerramos la puerta justo después de que Aarón, como lo llamó Daniel, arrancara. El chico del delantal blanco se quedó haciendo rabieta detrás del auto guinda y nosotras nos marchamos riendo.

—¿Asaltaron la cafetería? —preguntó mirándonos por el retrovisor.

—Algo mejor que eso —dije sonriéndole—. ¿Eres Aarón, verdad?

—Pensé que no sabías mi nombre. —Dijo orgulloso.

—No me subestimes.

—Si quieren me puedo bajar del auto —dijo Joy sin que nadie le prestara atención.

—Jamás te he subestimado, Margaret. Tienes un nombre muy seductor, ¿sabes? —El chico de los anteojos se los quitó y era exactamente igual a cuando me rescató de Daniel.

—Tus ojos también lo son. —Su sonrisa era inspiradora, y el hecho de que me mirara por el espejo retrovisor le daba un aspecto de conductor travieso. Sentí que la piel se me erizó.

—¿Vamos a donde mismo?

—No. Esta vez voy en otra dirección. Espero que no haya problema.

—A donde quiera que vayas está bien. Tú sólo guíame y yo voy contigo —Nos sonreímos y bajamos la cabeza algo sonrojados. Joy nos miró y puso los ojos en blanco.

—Esto se está incendiando. Espero que lleguemos antes de que empiecen a echar chispas. —Aarón y yo reímos y Joy se sumergió en sus pensamientos. El chico era tan atento.

Capítulo 15

Holly

Fui muy ingenua al pensar que un hombre como Frody se podía fijar en mí. Seguramente lo haría para pasar un buen rato. Pero para una relación real y duradera en la que todas sus amistades y familiares me conocieran, era más que obvio que no. Por supuesto que me habría gustado formar parte de su vida aunque su mundo me intimidara un poco. Pero eso no se había dado y con Will me sentía más segura. Él era más como yo y quería tener una relación conmigo desde que estudiábamos la universidad. En ese entonces para mí sólo era un excelente amigo, pero ahora, comenzaba a verlo de una manera distinta. Pensé muchas veces que sólo se trataba de un capricho suyo porque nunca había podido tenerme como novia, pero como sea que haya sido, ahora estamos bien. Es un hombre muy educado, me tiende la mano cada que lo necesito y nos conocemos bastante bien. Lo veía en mi casa casi todos los días y de cierta forma conozco sus manías y las cosas que menos le gustan. No hemos tenido ningún desacuerdo gracias a ello, pues él también me conoce casi a la perfección. De cierta forma todo está marchando de maravilla y como nos ha pedido que nos quedemos varios meses más si queremos, le he pedido que se instale en su habitación por lo menos en un sillón. Me parece ya demasiado abuso seguirme quedando en su habitación y que él tenga que dormir en la sala. Así que creo que pronto compartiremos habitación y si las cosas siguen como hasta ahora, quien sabe y también la cama. No es que me esté conformando a quedarme con él después de haber perdido a Frody, pero viendo la clase de hombres que rondan ahí afuera, no estaría mal intentar con alguien que siempre ha luchado por mí. Tal vez y con el paso del tiempo me pueda llegar a enamorar. Lo de Frody tiene que pasar. Tarde o temprano tiene que pasar.

Capítulo 16

Margaret y Joy

—¿Te das cuenta de que lo que tenemos en nuestras manos es una bomba, March?

—Es mejor que eso, Joy. Tenemos que enseñarle la grabación a Frody ahora mismo.

—¡No!

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Mientras tú venías coqueteando con Arnold estuve pensando en algo.

—Se llama Aarón, no Arnold.

—Da igual. Si le enseñamos la grabación a Frody probablemente él suspenda la boda y busque a Holly.

—Ajam. ¿Y no es eso lo que queremos?

—Cuando Holly conozca el motivo por el que Frody terminó su relación nunca se lo perdonará al chico. Ella no sería plato de segunda mesa jamás, y lo sabes.

—Pero... —Margaret se metió los dedos entre el cabello—. ¿De verdad estamos tan jodidos por el orgullo? —Joy asintió—. ¿Entonces todo esto no ha servido de nada? Dile a Frody que no diga nada a Holly acerca del por qué terminaría la relación con Abigail y listo.

—Él no le mentará otra vez. Tenemos que hacer que Frody se dé cuenta que ama a Holly, y una vez se lo confiese le mostraremos la grabación para que entonces no se le ocurra volver con Aby por nada del mundo aunque Holly lo rechace una y otra vez.

—No entiendo cómo vamos a hacer eso.

—Vamos, Margaret, no seas tan pesimista. Haremos que las dos parejas se encuentren y entonces arderán en celos. Te lo prometo.

—Joy, tenemos dos semanas. ¿Sabes cuánto es eso?

—Catorce días —dijo tumbándose en el sillón—. Pero tengo un plan. —Joy tomó el teléfono de la casa y llamó a Frody una vez más. El chico respondió.

—Hola. ¿Eres tú, Joy?

—Sé que desearías que fuera Holly pero eso no sucederá.

—Yo no dije nada, Joy. ¿Qué ocurre? —Joy suspiró realmente entristecida. Las lágrimas rodaron por su rostro y Margaret la vio sin entender lo que ocurría. Todo era una actuación.

—No puedo con tantos cambios que nos esperan, Frody. Después de la boda nos iremos de esta ciudad, Will está empeñado en ser padre cuanto antes y yo no acabo de ver muy convencida a Holly aunque ha cedido a todas sus peticiones.

—¿Qué? ¿Ser padres Holly y Will? Holly no está lista.

—Lo sabemos y por eso estamos tan desesperadas Margaret y yo. Creo que ella no es tan feliz, Frody. A menudo la descubro pensativa y solitaria y aunque no me lo diga sé que está pensando en ti.

—Ella no me quiere ver, Joy.

—Eso es lo que dice pero estoy segura de que sigue enamorada de ti. Confió sus sentimientos a tus manos y la traicionaste. Es normal que actúe así.

—Joy... tú me pediste que no dijera nada sobre mi relación.

—Yo no te pedí que la besaras ni que le hicieras escenas de celos cuando iba a dormir en la habitación de hotel de Will.

—Yo... —Frody se sobó las sienes—. Yo estoy confundido. No sé qué es lo que siento.

—Si Holly te escuchara decir eso estarías muerto para siempre. Sin ninguna posibilidad nunca más en la vida con ella. ¿Cómo es que alguien puede estar confundido y no saber si ama o no a una persona, Frody? ¿Cómo puede ser eso posible? Lo que yo creo es que tienes miedo, al igual que ella.

—¿Miedo, yo?

—Holly representa un cambio total en tu vida y no es el tipo de chica al que estás acostumbrado a tratar. Los mundos de Holly y tuyo son muy distintos pero yo sé que se aman. Sólo que son un par de cobardes.

—¿Sabes cuánto tiempo llevaba deseando que Abigail me dijera que aceptaba casarse conmigo?

—¿Y eso no te dice nada?

—¿De qué hablas?

—Frody, el verdadero amor no hace esperar así.

—Escucha, ya no quiero hablar contigo, niña. —Joy volvió a sollozar y Margaret veía su impecable actuación boquiabierta.

—Está bien, Frody —dijo entre lágrimas—, yo sólo quería advertirte que si te equivocas, no habrá marcha atrás. Te extrañaremos mucho.

—Y yo a ustedes, como en este tiempo.

—¿Qué harás este fin de semana? A Margaret y a mí nos gustaría verte por última vez antes de mudarnos de ciudad —Rompió en llanto como si aquello calara en lo más hondo de su ser.

—Lo siento, Joy, también a mí me gustaría verlas pero este fin de semana tengo la prueba final para el platillo que se servirá en la boda. Trataré de hacer un espacio en el transcurso de la semana. Lo prometo.

—¿Prueba de platillo? ¿En dónde?

—*Married Cook*.

—¡No! No te creo, Frody. Justo ahí tiene la prueba de platillo Holly.

—¿Qué? ¡No me jodas, Joy! Ese lugar es carísimo, debes estar equivocada. —Joy le hizo señas a Margaret para que buscara el lugar en el internet y rápidamente lo encontraron.

—No sabes lo que Will gasta en Holly. Él no escatima nada. Es en la plaza Emet creo.

—¡Carajo, no! No puede ser. —Will pateó el escritorio que tenía enfrente pero inmediatamente tuvo que sobarse el pie—. ¿A qué hora es su prueba? Quizá no coincidamos, el día es muy largo y yo estaré pasando hasta las dos de la tarde.

—No sé la hora exacta, Frody. Pero espero que no coincidan porque ambos se partirían el corazón. No quiero ni pensar en lo que sentirían. —La chica sollozó una vez más—. Hasta luego, Frody, muchas gracias por todo.

—Hasta luego, Joy, saludos para Margaret y muchas gracias por todo. Pensaré en tus palabras. —La llamada se terminó y las chicas se mordieron las uñas como roedores.

—Eres una tipa de cuidado, Joy. Jamás te creeré lo que me digas nunca más. ¿Y ahora qué sigue?

—Le diré a Will que Holly siempre deseó probar una comida en ese restaurante. Que el fin de semana a las dos de la tarde sirven pruebas de platillos para boda por una cantidad considerable y que él podría llevarla ahí como una aventura que Holly nunca olvidará. Y créeme que no lo hará.

—Estás demente, Joy.

—Ya no hay nada que perder, March. Ven acá y abrázame. —Las hermanas se abrazaron y desearon con todo su ser que aquello diera resultado. Ya no había más tiempo.

Capítulo 17

Holly y Will - Frody y Abigail

El restaurante era de lo más elegante y olía mucho más fino que el departamento de Frody. El chico estaba sentado a la mesa con su flamante prometida. Alrededor de ellos en mesas a unos tres metros de distancia entre una y otra, había otras tres parejas que saboreaban distintos platillos y canapés exquisitos que casi les hacían chuparse los dedos. Frody estaba de lo más desconcentrado mirando hacia un lado y otro temiendo que Holly apareciera en la puerta en cualquier momento. Y así fue. No lo hizo esperar demasiado cuando apareció en la puerta del brazo de Will. El cubierto cayó impecable sobre la mesa y Frody se avergonzó. El chico fornido y la chica de caderas prominentes cruzaron el umbral. Una señorita corrió a atenderlos y los sentaron en una mesa frente a los ojos de Frody. Holly no sabía que el chico rubio estaba ahí. Abigail estaba ajena a la situación porque no dejaba de tomar fotografías a cada platillo para compartirlo en sus redes sociales. Will se acercaba constantemente al oído de Holly y le susurraba cosas por las que la chica sonreía e incluso a veces, se sonrojaba. Frody estaba que ardía en celos. Las manos de Will eran veloces y escurridizas y cuando no las veía sobre los muslos de Holly, las veía sobre su cintura o sobre su cabello. Parecía que lo acuchillaban con cada caricia que la pelirroja recibía.

—¿Estás bien, amor?

—Sí, lo estoy —dijo sin apartar la mirada de la melosa pareja.

—Sí, lo sé, yo también estaba viendo que esa parejita parece carecer un poquito de clase para estar aquí, pero seguramente consiguieron algunos cupones o algún patrocinio. Aunque la chica me parece algo conocida. —El celular de la famosa modelo sonó y se disculpó con Frody para salir corriendo. Al chico nada le interesaba más en ese momento que lo que sus ojos estaban viendo. No pudo contener su ira y se dirigió a la mesa de Holly con las palabras de Joy dando vueltas en su cabeza. *Will no puede esperar a la noche de bodas. Quiere ser padre cuanto antes. Se casarán también en dos semanas.*

—Felicidades —dijo de forma hipócrita. Holly se quedó pasmada y Will torció los ojos.

—No es verdad. ¿Qué haces tú aquí? ¿Acaso estás siguiéndonos?

—Siguiéndolos yo a ustedes. ¿No será al revés?

—Ni Holly ni yo te queremos ver. Créeme que no es así.

—¿Así que se casan?

—Aaaaa...

—Así es —dijo Will interrumpiendo a Holly.

—¡Pues enhorabuena, Holly! Aunque no se te ve muy feliz.

—¿Qué te pasa, imbécil? —Will se puso de pie y lo enfrentó. Holly que no atinaba a decir palabras reaccionó a tiempo y se colocó en medio de los dos.

—Es mejor que te retires de nuestra mesa, Frody. Will tiene razón y ni él ni yo queremos verte.

—Holly...

—Vete por favor. Supongo los motivos por los que estás aquí y no quiero que hagas enfadar a tu futura esposa.

—Ya la oíste, Frody. —Will tomó a Holly por las caderas que tanto le gustaba observar a Frody y después besó sus labios de manera suave y delicada—. Tú tienes a Abigail, y yo tengo a Holly. No siempre se puede tener todo en la vida. Lo siento por ti, hermano.

—Holly, perdóname.

—Estoy trabajando en ello, Frody. Créeme que lo haré, no me gusta vivir con resentimientos.

—Déjame hablar contigo. No puedes casarte.

—Por supuesto que puedo. —Holly no tenía planeado casarse pero había decidido seguir el juego de Will a su conveniencia—. Y por eso lo haré.

—No puedes, Holly.

—¿Y tú sí puedes? ¿Por qué eres tan egoísta, eh?

—Yo...

—Olvídalo. Ya no me hagas perder mi tiempo.

—Ya no quiero casarme. —Holly lo miró con interés.

—Frody...

—He estado confundido todo este tiempo, quiero decir, asustado. He estado asustado de enfrentar mis sentimientos pero ahora que te veo aquí no puedo imaginar mi vida sin ti. No quiero verte casada con él, Holly. Ni con él ni con nadie que no sea yo. Cuando no te veo creo que puedo superarlo pero no es así. Basta con que te vea un segundo para que pongas mi mundo de

cabeza. Te vi y de pronto no supe lo que estaba haciendo aquí si no era de tu mano. —Los ojos de Holly se humedecieron—. Quiero estar contigo.

—Es mejor que nos vayamos, Holly —dijo Will—. Este hombre es un egoísta y ahora que te ve aquí está intentando destruir tu nueva vida. No lo escuches.

—Holly, intentémoslo tú y yo. —La chica dejó correr las lágrimas y después de limpiarlas con el dorso de su mano tomó su bolso.

—Lo siento. Ya no hay nada que intentar. Vámonos, Will.

—Voy a luchar por ti.

—Perderás tu tiempo —dijo Will.

—No entiendo qué estás haciendo, Frody. Ni siquiera tú sabes lo que quieres. —Holly miró por encima del hombro de Frody a una chica rubia que se acercaba de forma contoneante—. Ahí viene tu futura esposa.

—Voy a luchar por ti. Estoy en un error, lo sé, pero voy a remediarlo. —Abigail llegó hasta donde ellos estaban y Frody guardó silencio. Holly lo miró decepcionada. Era obvio que a espaldas de Aby él era capaz de decir muchas cosas, ella ya lo había comprobado, pero frente a ella, todo cambiaba.

—¿Qué ocurre aquí, amor? ¿Quiénes son ellos? —Aby abrió los ojos como dos soles—. ¡Pero claro! Ya los recuerdo, es la chica a la que le diste posada y su esposo.

—Ellos no son esposos, Aby.

—Pero lo seremos —dijo Holly.

—¡Pues felicidades! En dos semanas nosotros estaremos celebrando nuestro matrimonio. ¡Estoy tan emocionada!

—¿Dos semanas? —preguntó Holly mirando a Frody. La furia estaba inyectada en sus rojizos ojos. Ya no se dejaría humillar más.

—Holly... —intentó decir Frody.

—Está bien. Sólo vámonos de aquí, Will. Que sean muy felices, chicos.

¿Era ese el momento en el que Frody tenía que decirle a Aby que no se casaría con ella porque no la amaba y después salir corriendo detrás de Holly? Pues si ese era el momento Frody estaba muerto porque no había hecho nada. Él estaba confundido. Ahora que Holly se había desaparecido nuevamente de su vista, él empezaba a dudar. No sabía qué era todo ese numerito que acaba de montar. Se sobó las sienes y se sostuvo de una silla como si fuera a desmayarse. La chica rubia lo sobó de los hombros y besó su mejilla. Se sentía bien. Cuando Frody estaba con Aby podía olvidar casi todos

sus problemas, incluso, casi podía olvidar a Holly, el mayor de todos. Pero haberse encontrado con ella había sido una inminente desgracia. Todo estaba marchando bien mientras no la había visto. Se había hecho a la idea de que lo de Holly había sido tan fugaz que no podía ser sincero. Todo iba viento en popa hasta ahora que la había visto de nuevo. Cuando la veía, cuando estaba frente a él sólo quería correr a abrazarla y acariciar ese cabello que tanto le encantaba. Cuando la olía sólo quería pegarse a su cuello y volver a comer un helado bajo la lluvia como lo habían hecho aquel día en la plaza. Quería llevar a Joy a la escuela mientras Holly se encargaba de Margaret, y quería ver sus diseños para integrarla en el negocio de la empresa. ¡Oh Dios! Sonaban tan bien esos planes. Pero Aby estaba ahí, esperando por él como él siempre lo había querido. No podía desperdiciar eso. Sólo esperaría a que pasaran un par de días más y se volvería a olvidar de ella pero ahora para siempre. Jamás volvería a contestar las llamadas de Joy y pronto todo aquello sería pasado. Muy pronto.

—Frody, amor. Te estoy hablando.

—Lo siento, nena —dijo saliendo de su aletargamiento—, ¿te parece si nos vamos?

—Pero aún no hemos probado todo.

—Sólo pide lo más caro, ¿quieres? No me siento muy bien. —Aby sonrió complacida y le dio un largo beso a Frody en la boca.

—Está bien, bebé.

Mientras conducía de regreso al departamento estaba tan pensativo que Aby no pudo contener más sus dudas. Lo abordó preguntándole de qué había estado hablando con *esos* y Frody se negó a responder. Aby no era tonta, y al igual que todas las chicas, poseía ese extraño y misterioso sexto sentido que la alertaba cuando algo estaba mal. Ella sabía que algo estaba ocurriendo desde el momento en el que descubrió que había ropa de chica en el departamento de su novio, pero simplemente prefería callar a enfrentar la realidad. Frody había estado solo mucho tiempo, era más que obvio que había sentido la necesidad de estar con una mujer por lo menos para que lo escuchara. Así que no terminarían sus planes de matrimonio por una pequeñísima e insignificante aventura que apenas iba comenzando. Además, ella sabía que no tenía cara para reclamar nada. Daniel era su punto débil así como para Frody lo era Holly, pero ambos casos terminarían ya. Frody sería el heredero más rico de la historia y ella quería ser parte de ello. Nada ni nadie valía la pena para

dejarlo ir y no permitiría que ninguna chica se lo arrebatara. Se pondría muy hermosa durante la noche para que Frody la admirara antes de que partieran a su despedida de solteros y después olvidarían todo.

—El vuelo de los chicos no tarda en llegar.

—Está bien, corazón. Yo ya tengo que abordar.

—Avísame en cuanto llegues. —Aby se colgó de su cuello y Frody no pudo evitar sonreír.

—Lo haré, bebé. Si hubieras querido tu despedida en Queenstown ahora estaríamos viajando los dos.

—Los chicos insistieron en venir y tú no quisiste hacer la tuya aquí. — Aby hizo un mohín.

—Me gusta más *mi* ciudad. Aún no acabo de acostumbrarme a estar aquí —Su mirada decayó un poco. Frody le habló con cautela.

—¿Estás segura de que quieres casarte conmigo, Aby? —La chica guardó silencio durante mucho tiempo y trago saliva con dificultad. Parecía realmente estarlo pensando. Las palabras de Joy resonaron en la cabeza de Frody. *El verdadero amor no hace esperar así*. No así.

—Claro que quiero —dijo una vez que se recompuso—. Nada deseo más en este instante. —El chico no estaba muy convencido, pero aun así, no se atrevía a terminar la relación. Holly tenía razón, él no sabía lo que quería.

Capítulo 18

Holly y Frody

La música disco sonaba a todo volumen y las luces de colores se movían tan veloces que mareaban a cualquiera. Frody y sus tres amigos: Arold, Neitan y Din entraron algo pasados de copas buscando una diversión que durara toda la noche pero que no tuviera que ver con señoritas semidesnudas bailándoles. Frody había dicho que nada de eso y los chicos tenían que respetar. Habían recorrido unas seis discotecas de la ciudad de Wellington y en cada una bebían cuanto se les antojaba. Hacía rato que habían perdido la cuenta de lo llevaban y ya les faltaba poco para tener que retirarse a dormir. Con tanto alcohol, no serían capaces de durar hasta el amanecer como lo pensaban.

—Esta será la última —dijo Frody—, creo que ya necesito irme a descansar.

—Vamos hermano, anímate —dijo Din con su acento venezolano—, ¿es acaso que no te pica la curiosidad por lo que esté haciendo ahora Aby? —Frody entrecerró los ojos sorprendido. En realidad no había pensado ni un segundo en lo que su futura esposa podía estar haciendo. Así que quizá, esa era la respuesta que tanto buscaba. *¿A quién echaba más de menos?* Pero no podía confiarse a eso solamente, pues a veces uno no valora a quien tiene hasta que lo pierde. *Con un carajo*, pensó, nunca decidiré antes de la boda sobre lo que debo hacer.

—Pero qué chicas tan lindas las meseras de este lugar —dijo Arold una vez que encontraron una mesa vacía—. Y mira justo esa que viene a atendernos, Neitan. Puede que yo también me case en dos semanas, hermanos —dijo mientras todos se echaban a reír.

—Buenas noches —dijo la chica de caderas pronunciadas dejando las cartas en la mesa—. La promoción del día de hoy son totopos con extra queso y aderezo de chipotle. —Pareció que alguien había dicho el nombre de Frody, ya que de estar viendo sus brazos cruzados sobre la mesa, volteó como si tuviera un resorte en el cuello. Logró reconocer la dulce voz en medio de tanto barullo, y cuando la chica y él cruzaron miradas, ambos se quedaron boquiabiertos.

—Lo... siento... —titubeó la chica cuando reconoció a Frody, le pediré a

otra mesera que venga a atenderlos.

—¿Qué pasa? Frody, ¿por qué intimidas a mi conejita así? Oye, chica linda, ¿por qué no vienes a mis piernas? Siéntate conmigo. —Holly miró con desprecio a Arold y sin que nadie lo previera un puño volteó su rostro.

—Cállate imbécil.

—¿Qué carajos te pasa, Frody? —dijo Neitan cuando Arold voló hacia el suelo.

—Pueden largarse por donde vinieron —respondió antes de seguir a la chica que trataba de escabullirse entre el tumulto de gente.

—¡Holly! ¡Holly, detente! —Holly intentaba correr veloz para escabullirse por un pasillo solitario que daba hacia la salida emergencia pero con sus tacones altísimos se le complicó y Frody la alcanzó. El chico tomó su brazo y la giró hacia él como si fuera una muñeca de trapo.

—¿Qué te pasa? Suéltame —dijo entre lágrimas.

—¿Qué carajos estás haciendo aquí, Holly?

—Eso no te importa.

—¿Te parece correcto andar paseándote en mallas y tutú delante de tantos tipos como Arold? —La voz de Frody era fuerte.

—Tu amigo es un imbécil. No todos son como ustedes.

—Ya lo puse en su lugar.

—Perfecto. ¿Quieres soltarme? No soy un trapo viejo —gritó.

—Vámonos de aquí ahora mismo —dijo cargándola como un costal.

—No iré a ningún lado. Estás ebrio, Frody. —Frody la bajó pero se recargó en la pared dejando a Holly aprisionada entre él y el muro de cemento.

—¿No me digas que este es tu trabajo, Holly? ¿Desde cuándo? ¿Por qué? ¿Cómo es que Will te permite hacer esto? Y no digo que te lo prohíba, ¿pero no puede ayudarte a tener algo más adecuado para ti?

—Este es un trabajo digno pero las personas como tú, siempre creen que sólo es digno dar órdenes en vez de servir a alguien.

—Pero no es para ti, Holly —gritó—. Hacen que te pasees semidesnuda para que todos puedan verte.

—No estoy semidesnuda.

—¿Y esa falda de cinco centímetros de tela transparente crees que te cubre mucho? Esto no es para ti.

—¿Y por qué no es para mí?

—Los hombres no dejan de mirarte, a ti no te gusta eso. A ti te gusta pasar desapercibida.

—¿Cómo sabes tú lo que a mí me gusta? —Frody respiró profundo para tratar de tranquilizarse y vio fijamente a Holly.

—Te observé todos los días desde que me mudé a ese departamento, Holly. Te conozco más de lo que crees porque al igual que tú, cada día salía a las afueras del edificio sólo para poder observarte. Sé la hora exacta en la que te ibas y a veces también en la que regresabas. No podía ir a trabajar sin antes verte por lo menos un instante. Y un primero de febrero no saliste, ¿lo recuerdas? No sé qué carajos hiciste ese día pero no fuiste a trabajar ni a llevar a tus hermanas a la escuela y me quedé esperando por una hora como un estúpido y no te vi. Sentí miedo, Holly. Eras todo lo que tenía en esta nueva ciudad y no podía imaginar no verte nunca más saliendo de aquel espantoso edificio. Pero entonces, el dos de febrero te vi salir nuevamente y supe que todo sería normal. Pude trabajar normalmente y pude dormir también. Tú habías vuelto.

—Lo que dices es tonto.

—Holly, no me hacía falta saber nada más de ti para quererte. Me bastaba con verte.

—No te creo.

—¿Entonces qué hiciste ese día? —Los ojos de Holly se entristecieron con la pregunta de Frody. Tragó saliva y respiró profundo.

—Ese día no fuimos a ningún lado. Mi padre cumplía años de muerto y Margaret se puso mal. Decidimos quedarnos en casa.

—Lo siento mucho, Holly. —Pegó su frente a la de la chica y las lágrimas rodaron por las mejillas de ambos. Frody intentó acariciar su rostro pero ella volvió a alterarse. Tenía miedo y no quería dejarse confundir de nuevo. Se secó las lágrimas de manera brusca y se separó del chico.

—Este trabajo me encanta, Frody. Ahora soy feliz aquí y te pediré que dejes de intervenir. Volveré a trabajar. —Holly escapó por debajo de los brazos de Frody y corrió hacia donde se encontraba el tumulto de gente.

—No lo harás otra vez. Vámonos de aquí. —Frody la cargó de nuevo y esta vez no la pensaba soltar.

—¡Bájame!

—Eres una chica muy ruda. Pero si no quieres escucharme por las buenas lo seguirás haciendo a mi manera. Nos iremos tú y yo y no volverás aquí nunca

más.

—¡Bájame! ¡Te digo que me bajas! —Las orejas de conejita cayeron al suelo y los chicos salieron por el pasillo de emergencia que Holly le había mostrado a Frody cuando intentaba huir. Por ahí no hubo nadie que se interpusiera. El chico metió a Holly en los asientos de atrás y arrancó el auto perdiéndose en la carretera olvidando a sus amigos. Holly por su parte intentaba abrir las puertas traseras para lanzarse si fuera posible hacerlo, pero ninguna le respondió.

—No insistas. Es última tecnología.

—Al carajo tu última tecnología. Quiero que me bajas aquí.

—No te bajaré nunca.

—Estás loco.

—Sólo por ti, nena.

—¡Perfecto! Veremos cuánto dura tu absurda broma.

—No es ninguna broma. Pasarás esta noche y muchas más a mi lado.

—¿A dónde me llevas?

—Muy lejos.

—Las chicas me esperan y Will también. Si no llegó en un rato, comenzarán a buscarme.

—No te preocupes. Enviaré un mensaje a Joy en cuanto lleguemos a nuestro destino.

—No quiero ir a ningún lado contigo.

—No es una opción. —Holly resopló dándose por vencida y se sobó los brazos en muestra de frío. Usaba unas medias tan delgadas como el papel, un tutú tan pequeño como muñequita de pastel y una blusa de tirantes con el nombre de la *Disco Lux* en verde fluorescente. Ella sabía que era ridícula. Frody vio que Holly estaba hecha un ovillo y encendió el aire caliente. La pelirroja se relajó y al cabo de unos veinte minutos de camino se durmió plácidamente.

Cuando despertó, unas sábanas de seda cubrían su piel lechosa. Pegó un brinco y en lo que sus ojos se acostumbraron a la poca luz que daba una lámpara de mesa en la oscuridad, temió lo peor. Luego vio a Frody en el sillón de enfrente observándola y recordó lo sucedido.

—¿Dónde está mi tutú? —preguntó mirando por debajo de la sábana.

—Decidí quitártelo, parecía muy molesto para dormir. ¿Hace cuánto que

no duermes ocho horas seguidas?

—Que te importa.

—Vamos Holly, lo pregunto en serio. Te quedaste tan dormida que no imagino el ritmo de vida que debes estar llevando. —Holly suspiró profundo y pareció reflexionar. Ella tampoco tenía ganas de seguir peleando.

—Hace mucho que ni siquiera duermo seis. Tengo dos empleos. Por las mañanas soy asistente de una dentista y por las noches mesera en esa disco. Todos en casa creen que la dentista trabaja hasta la media noche.

—Dudo mucho que las chicas te crean ese cuento. ¿Pero de verdad Will es tan estúpido?

—Me tiene confianza, que es distinto.

—Es un estúpido. ¿Qué clase de novio no va a recoger a su prometida a la media noche?

—No hace falta. Tengo un auto. O tenía, porque seguramente ya debe habérselo llevado la grúa.

—No te preocupes. Yo lo sacaré cuando volvamos.

—¿Cuándo volvamos? ¡Quiero volver ahora mismo!

—Es de madrugada y la verdad estoy cayéndome de sueño.

—Yo diría que de borracho.

—Aunque no lo creas, me recompuse bastante después del coraje que me hiciste pasar. —Holly torció los ojos.

—¿Yo te hice pasar coraje a ti? Tú eres quien siempre me está enfadando la vida.

—No quiero volver a verte así, Holly. —Frody se puso de pie y se quitó la camisa.

—¿Qué haces?

—Voy a dormirme. Me gusta dormir sin camisa.

—Pues dormirás en el sillón.

—No te preocupes. No pensaba meterme en la cama contigo.

—Nos iremos en cuanto amanezca.

—Puede ser pequeña conejita —dijo burlón.

—No me llames así, imbécil. —Frody se carcajeó y no pudo evitar sentir ternura por como sonaban ciertas palabras agresivas cuando salían de los labios de la pelirroja. Ella era una mezcla extraña de ternura y agresión. Y que conste que no le gustaba el masoquismo.

—De acuerdo, de acuerdo. Le envié un mensaje a Joy y le dije que

estábamos juntos. Le pedí que le dijera a Will que después regresabas por tus cosas.

—¿Qué?! —Holly intentó ponerse de pie pero cuando recordó lo único que cubría su cuerpo, se intimidó—. ¡Estás loco! Will se pondrá furioso. Él no merece esto. Si no me llevas de aquí ahora mismo me iré yo sola, y no me importa a dónde llegue.

—Fui un verdadero estúpido, Holly. No puedo dejarte ir sin que me escuches. —La chica puso los ojos en blanco. No iba a desmentir al chico en cuanto a que era un estúpido—. Es cierto que las invité a mi departamento para ayudarlas, pero aparte de eso, había algo más. El hecho de que aceptaran venir conmigo era una oportunidad para que yo pudiera tenerte más cerca, y no sabes cuánto lo disfruté. Todas las mañanas poder oler tu perfume me daba fuerza. Sentirme parte de tu familia me dio vida y dejé de sentirme solo. Sin darme cuenta empecé a enamorarme de ti porque tú eres diferente a todas las demás. Me gustas desde el primer día en que te vi, Holly. Y tuve la oportunidad de conocerte más a fondo y me enamoré perdidamente de ti. Te amo. Me enamoré de ti pero hasta ahora me doy cuenta.

—Es un poco tarde.

—No es tarde. Aún no nos casamos. Dame una oportunidad. —Frody se sentó a un lado de Holly y ella se alejó discretamente.

—Estoy bien con Will. ¿Por qué habría de dejar lo que tengo ahora por un experimento que se te ocurrió hacer?

—No es un experimento.

—Pruébalo. —Frody dudó.

—No hay una garantía de que lo nuestro funcione. Y no la habrá jamás en ninguna relación. Pero te amo. Te amo y sé que tú no amas a Will. Sé que tú sientes algo por mí.

—Coraje. —Holly se pasó la lengua por los labios y el cabello por detrás de la oreja. Empezaba a sentirse nerviosa con la piel de Frody tan cerca—. Y tú sólo estás confundido.

—No, Holly. Lo mío es real. Siento una conexión a tu lado por la que sé que vale la pena intentarlo. Vale la pena arriesgarnos y sentir amor en lugar de conformarnos. No estoy enamorado de Abigail y sé que ella tampoco lo está de mí. Ella sólo está encaprichada.

—Sólo estás jugando. Si lo intentamos tú no pierdes nada pero yo lo pierdo todo. Abigail volvería contigo en cualquier instante, pero Will, él no

me perdonaría esto.

—Estoy arriesgando todo, Holly. Cuando Abigail vaya con el cuento de que la dejé por ti, mi padre me amenazará con correrme de la compañía y quizá hasta deje de dirigirme la palabra. Nuestros padres tienen negocios en común y lo más probable es que se vean afectados por mi decisión.

—No puedo permitir eso. —Frody torció los ojos con el comentario de Holly.

—No puedes evitarlo. ¿No te das cuenta? Terminaré mi relación con Aby aunque tú no quieras intentarlo conmigo.

—Entonces llévame a casa y no me hagas culpable de lo que vayas a hacer.

—¿Eres tan cobarde?

—No me llames cobarde.

—Te estás comportando como una. ¿Por qué no te levantas de esa cama?

—Porque... yo... ¿dónde está mi tutú?

—Ese pedazo de tela no te cubría nada. Da lo mismo si andas desnuda o con eso. Ven conmigo. —Frody le tendió la mano.

—No lo sé.

—Confía en mí.

—Tengo miedo.

—Sólo hazlo una vez más.

La chica se lo pensó más de dos veces pero al final aceptó. En el fondo ella también se moría de ganas por volver a tocarlo. Las yemas de sus dedos se rozaron y la piel se les erizó. Holly salió de la cama y Frody la atrapó entre sus brazos. Apretó su cintura al tiempo que rozaba sus labios y Holly se estremeció. El cuerpo de Frody se tensó y en el silencio cayó el vestigio de una contienda que llegó a su fin. Una nueva mañana llegó.

Epílogo

Fue un poco difícil que los padres de Frody aceptaran su relación con Holly. Pero en cuanto se dieron cuenta de que era una talentosa diseñadora y la pusieron a prueba en la nueva empresa, quedaron fascinados. La chica prometía convertirse en una de las diseñadoras más importantes de la ciudad. A Aby le dio por molestar un tiempo a Holly por teléfono, pero cuando Frody le dijo que tenía un audio sobre su infidelidad, no volvió a aparecer nunca más. Los padres de la chica no lograron entender el rompimiento entre Aby y Frody y dejaron de hacer negocios con los padres del chico. Pero Holly era tan talentosa y tenía tantos diseños guardados sin utilizar que pudo abastecer de modelos también a la empresa de la otra ciudad. Frody no pensaba enviar el audio sobre el engaño de Aby a nadie, pues aunque habría sido motivo suficiente para que sus ex suegros dejaran de detestarlo, él no quería hacerlo así, ya que después de todo, siempre apreciaría a Aby. Las chicas confesaron cómo fue que consiguieron el audio y todo lo que mintieron para que Frody y Holly pudieran estar juntos, y aunque al principio a Holly le molestó, al cabo de unos segundos acabaron riendo. Will no se tomó a bien la decisión repentina de Holly, y aunque la chica estaba resentida por el ultimátum que les dio a sus hermanas para desalojar su casa en caso de que ella no apareciera, le dio las gracias por todo. Frody compró la hacienda hermosa en la que había pasado tres días con Holly y desalojó el edificio para comenzar una nueva vida junto a las Ford. La casa era sensacional y más grande que el departamento. Las chicas seguían estudiando y parecía que al final Joy se empezaba a interesar por Luis, un chico de su clase que estaba enamorado de ella. Así que muy pronto la hermana menor y Margaret, llevarían a casa a Luis y a Aarón.

—Tal vez ya estamos listos para casarnos —le dijo Frody mientras la abrazaba por la cintura.

—Tan sólo vine a enseñarte este diseño para ver si apruebas la cotización. Déjame volver a trabajar, ¿quieres?

—Como sigas viniendo con ese traje ejecutivo, un día de estos te encerraré aquí por tres días.

—Ya no más, jovencito. No puedo alejarme nuevamente. La próxima te

demandando.

—¿Y cómo haremos con la luna de miel?

—¿Cuál luna de miel? Aún no quiero hablar de eso. —Frody sacó una pequeña cajita del interior de su saco y se arrodilló frente a ella. Holly se conmovió hasta las lágrimas.

—¿Te quieres casar conmigo, Holly Ford? —La pelirroja enmudeció y sonrió emocionada.

—Pero... es rápido... yo...

—Te amo, corazón.

—Y yo te amo a ti, amor.

—¿Entonces qué dices? —La chica lo pensó un par de minutos. Frody estaba temiendo lo peor. Sabía que la chica lo amaba pero también conocía sus temores. Holly abrió sus labios y Frody sudó.

—Está bien, amor. Acepto casarme contigo. —Ambos gritaron de alegría y Frody la tomó de la cintura para dar vueltas con ella.

—Te prometo que te haré muy feliz, nena.

—Ya lo haces, Frody Steel. Ya lo haces. —Los chicos se besaron y decidieron aventurarse a una nueva emoción.